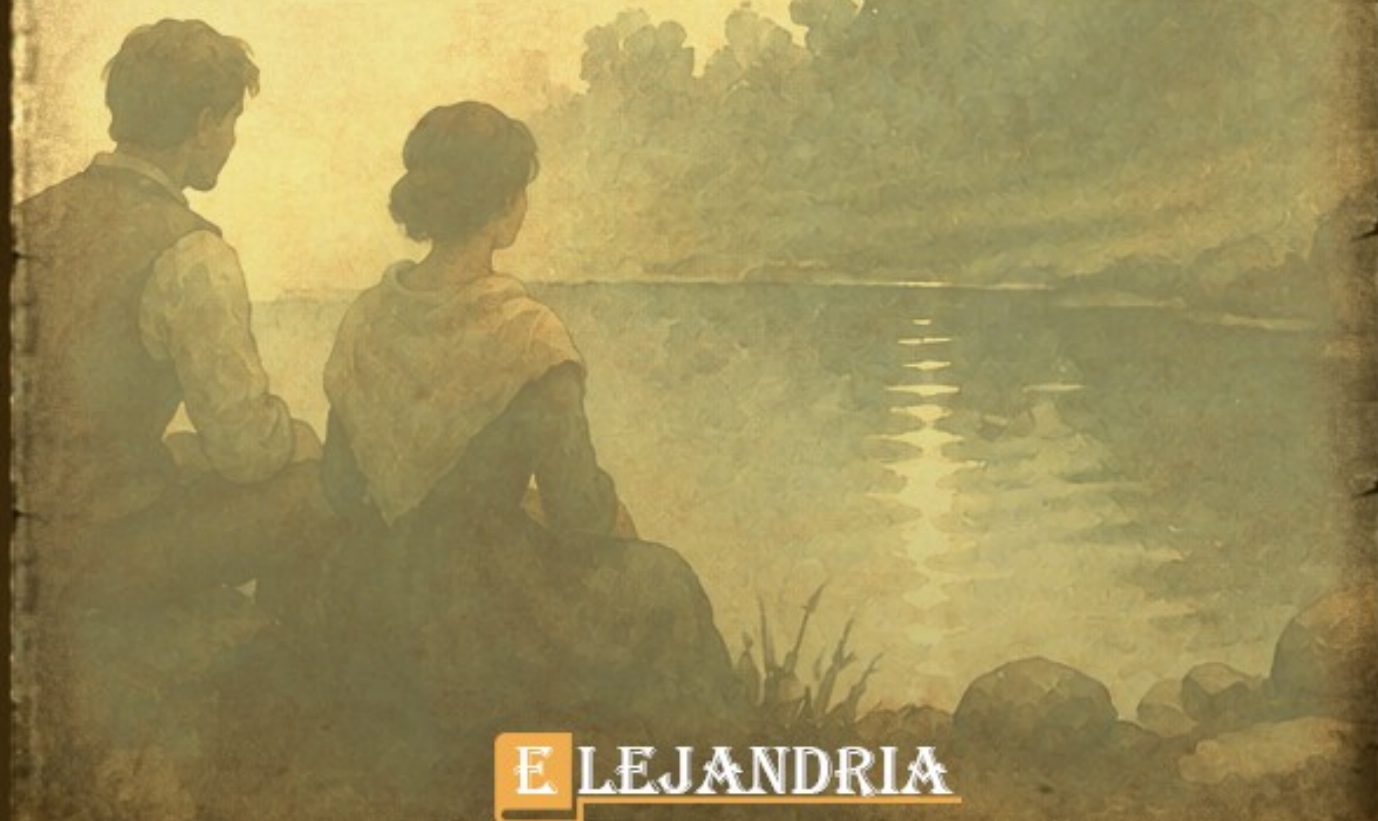


George Sand

La Charca del
Diablo



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CHARCA DEL DIABLO

GEORGE SAND

**PUBLICADO: 1846
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I. EL AUTOR AL LECTOR

Con el sudor de tu rostro

Ganarás tu pobre vida,

Tras largo trabajo y uso,

He aquí la *muerte* que te convida.

La cuarteta en francés antiguo, colocada debajo de una composición de Holbein, tiene una tristeza profunda en su ingenuidad. El grabado representa a un labrador conduciendo su arado en medio de un campo. A lo lejos se extiende una vasta campiña, en la que se ven pobres cabañas; el sol se pone detrás de la colina. Es el fin de una dura jornada de trabajo. El campesino es viejo, rechoncho, cubierto de harapos. El tiro de cuatro caballos que empuja hacia delante está flaco, extenuado; la reja se hunde en un suelo escabroso y rebelde. Un solo ser está alegre y ágil en esta escena de *sudor y uso*. Es un personaje fantástico, un esqueleto armado con un látigo, que corre por el surco junto a los caballos espantados y los azota, haciendo de mozo de labranza del viejo labrador. Es la muerte, ese espectro que Holbein introdujo alegóricamente en la sucesión de temas filosóficos y religiosos, a la vez lúgubres y bufos, titulada los *Simulacros de la muerte*.

En esta colección, o más bien en esta vasta composición donde la muerte, desempeñando su papel en todas las páginas, es el vínculo y el pensamiento dominante, Holbein hizo comparecer a los soberanos, los pontífices, los amantes, los jugadores, los borrachos, las monjas, las cortesanas, los bandidos, los pobres, los guerreros, los frailes, los judíos, los viajeros, todo el mundo de su tiempo y del nuestro; y en todas partes el espectro de la muerte se burla, amenaza y triunfa. De un solo cuadro está ausente. Es aquel en que

el pobre Lázaro, tendido sobre un estercolero a la puerta del rico, declara que no la teme, sin duda porque no tiene nada que perder y su vida es ya una muerte anticipada.

¿Es acaso muy consoladora esta idea estoica del cristianismo semipagano del Renacimiento, y encuentran en ella su cuenta las almas religiosas? El ambicioso, el embustero, el tirano, el disoluto, todos esos pecadores soberbios que abusan de la vida, y a quienes la muerte agarra por los cabellos, van a ser castigados, sin duda; pero el ciego, el mendigo, el loco, el pobre campesino, ¿son acaso resarcidos de su larga miseria por la sola reflexión de que la muerte no es un mal para ellos? ¡No! Una tristeza implacable, una fatalidad espantosa pesa sobre la obra del artista. Esto se parece a una amarga maldición lanzada sobre la suerte de la humanidad.

Ésa es precisamente la sátira dolorosa, la pintura verdadera de la sociedad que Holbein tenía ante los ojos. Crimen y desdicha, esto es lo que le impresionaba; pero nosotros, artistas de otro siglo, ¿qué pintaremos? ¿Buscaremos en la idea de la muerte la recompensa de la humanidad presente? ¿La invocaremos como castigo de la injusticia y resarcimiento del sufrimiento?

No, ya no tratamos con la muerte, sino con la vida. Ya no creemos ni en la nada de la tumba, ni en la salvación comprada mediante una renuncia forzosa; queremos que la vida sea buena, porque queremos que sea fecunda. Es preciso que Lázaro abandone su estercolero, para que el pobre no se regocije ya con la muerte del rico. Es preciso que todos sean dichosos, para que la dicha de algunos no sea criminal y maldita ante Dios. Es preciso que el labrador, al sembrar su trigo, sepa que trabaja en la obra de la vida, y no que se alegre de que la muerte camine a su lado. Es preciso, en fin, que la muerte no sea ya ni el castigo de la prosperidad, ni el consuelo de la desdicha. Dios no la destinó ni a castigar ni a resarcir de la vida; pues él bendijo la vida, y la tumba no debe ser un refugio adonde sea lícito enviar a aquellos a quienes no se quiere hacer dichosos.

Ciertos artistas de nuestro tiempo, dirigiendo una mirada seria a cuanto los rodea, se aplican a pintar el dolor, la abyección de la miseria, el estercolero de Lázaro. Esto puede pertenecer al dominio del arte y de la filosofía; pero al pintar la miseria tan fea, tan envilecida, a veces tan viciosa y tan criminal, ¿se alcanza su propósito, y es su efecto tan saludable como quisie-

ran? No nos atrevemos a pronunciarnos sobre ello. Se nos puede decir que, al mostrar ese abismo cavado bajo el suelo frágil de la opulencia, asustan al rico malvado, como, en tiempos de la danza macabra, se le mostraba su fosa abierta y la muerte dispuesta a estrecharlo entre sus brazos inmundos. Hoy se le muestra al bandido forzando su puerta y al asesino acechando su sueño. Confesamos que no comprendemos del todo cómo se le reconciliará con la humanidad que desprecia, cómo se le hará sensible a los dolores del pobre que teme, mostrándole a ese pobre bajo la piel del presidiario evadido y del merodeador nocturno. La espantosa muerte, rechinando los dientes y tocando el violín en las imágenes de Holbein y de sus predecesores, no encontró bajo ese aspecto medio de convertir a los perversos y de consolar a las víctimas. ¿No procedería acaso nuestra literatura, en esto, un poco como los artistas de la Edad Media y del Renacimiento?

Los bebedores de Holbein llenan sus copas con una especie de furor para apartar la idea de la muerte, que, invisible para ellos, les sirve de escanciador. Los ricos malvados de hoy piden fortificaciones y cañones para apartar la idea de una jacquerie, que el arte les muestra trabajando en la sombra, poco a poco, esperando el momento de abalanzarse sobre el orden social. La Iglesia de la Edad Media respondía a los terrores de los poderosos de la tierra con la venta de indulgencias. El gobierno de hoy calma la inquietud de los ricos haciéndoles pagar muchos gendarmes y carceleros, muchas bayonetas y prisiones.

Alberto Durero, Miguel Ángel, Holbein, Callot, Goya, han hecho poderosas sátiras de los males de su siglo y de su país. Son obras inmortales, páginas históricas de un valor incontestable; no queremos, pues, negar a los artistas el derecho de sondear las llagas de la sociedad y ponerlas al desnudo ante nuestros ojos; pero ¿no hay algo más que hacer ahora que la pintura de espanto y amenaza? En esta literatura de misterios de iniquidad, que el talento y la imaginación han puesto de moda, preferimos las figuras dulces y suaves a los malvados de efecto dramático. Aquéllas pueden emprender y lograr conversiones; los otros dan miedo, y el miedo no cura el egoísmo, lo aumenta.

Creemos que la misión del arte es una misión de sentimiento y de amor, que la novela de hoy debería sustituir a la parábola y al apólogo de los tiempos ingenuos, y que el artista tiene una tarea más amplia y más poética que la de proponer algunas medidas de prudencia y de conciliación para atenuar

el espanto que inspiran sus pinturas. Su fin debería ser hacer amar los objetos de su solicitud, y, si fuera menester, no le reprocharía yo que los embelleciera un poco. El arte no es un estudio de la realidad positiva; es una búsqueda de la verdad ideal, y el *Vicario de Wakefield* fue un libro más útil y más sano para el alma que el *Campesino pervertido* y las *Amistades peligrosas*.

Lectores, perdonadme estas reflexiones, y tened a bien aceptarlas a modo de prefacio. No las habrá en la historieta que voy a contaros, y ésta será tan breve y tan sencilla que necesitaba disculparme de antemano, diciéndoos lo que pienso de las historias terribles.

Es a propósito de un labrador que me he dejado llevar por esta digresión. Es precisamente la historia de un labrador la que tenía intención de contaros y que os contaré enseguida.

CAPÍTULO II. LA LABRANZA

Acababa yo de contemplar largo rato y con una profunda melancolía al labrador de Holbein, y me paseaba por el campo, soñando con la vida de los campos y el destino del cultivador. Sin duda es lúgubre consumir las fuerzas y los días hendiendo el seno de esta tierra celosa, que sólo se deja arrancar los tesoros de su fecundidad, cuando un pedazo de pan, el más negro y el más grosero, es, al final de la jornada, la única recompensa y el único provecho ligados a tan duro trabajo. Estas riquezas que cubren el suelo, estas cosechas, estos frutos, estos ganados orgullosos que engordan en las largas hierbas, son propiedad de unos pocos y los instrumentos de la fatiga y de la esclavitud del mayor número. El hombre ocioso no ama, en general, por sí mismos, ni los campos, ni las praderas, ni el espectáculo de la naturaleza, ni los animales soberbios que han de convertirse en piezas de oro para su uso. El hombre ocioso viene a buscar un poco de aire y de salud en la estancia en el campo, y luego vuelve a gastar en las grandes ciudades el fruto del trabajo de sus vasallos.

Por su parte, el hombre de trabajo está demasiado agobiado, demasiado desdichado, y demasiado atemorizado por el porvenir, para gozar de la belleza de los campos y de los encantos de la vida rústica. Para él también los campos dorados, las hermosas praderas, los animales soberbios, representan sacos de escudos de los que sólo tendrá una parte exigua, insuficiente para sus necesidades, y que sin embargo hay que llenar, cada año, esos sacos malditos, para satisfacer al amo y pagar el derecho de vivir parca y miserablemente en su propio dominio.

Y sin embargo, la naturaleza es eternamente joven, hermosa y generosa. Derrama poesía y belleza sobre todos los seres, sobre todas las plantas, a las que se deja desarrollarse a su antojo. Posee el secreto de la dicha, y nadie ha

sabido arrebatárselo. El más dichoso de los hombres sería aquel que, poseyendo la ciencia de su labor, y trabajando con sus manos, sacando el bienestar y la libertad del ejercicio de su fuerza inteligente, tuviera tiempo de vivir por el corazón y por el cerebro, de comprender su obra y de amar la de Dios. El artista tiene goces de este género, en la contemplación y la reproducción de las bellezas de la naturaleza; pero, al ver el dolor de los hombres que pueblan este paraíso de la tierra, el artista de corazón recto y humano se turba en medio de su goce. La dicha estaría allí donde el espíritu, el corazón y los brazos, trabajando de consuno bajo la mirada de la Providencia, existiera una santa armonía entre la munificencia de Dios y los arrobos del alma humana. Es entonces cuando, en lugar de la lastimosa y espantosa muerte, caminando por su surco, el látigo en la mano, el pintor de alegorías podría colocar a su lado a un ángel radiante, sembrando a manos llenas el trigo bendito sobre el surco humeante.

Y el sueño de una existencia dulce, libre, poética, laboriosa y sencilla para el hombre de los campos, no es tan difícil de concebir como para que se lo releguemos entre las quimeras. La palabra triste y dulce de Virgilio: «¡Oh, dichoso el hombre de los campos, si conociera su dicha!» es un lamento; pero, como todos los lamentos, es también una predicción. Un día llegará en que el labrador pueda ser también artista, si no para expresar (lo cual importará bastante poco entonces), al menos para sentir lo bello. ¿Se cree acaso que esta misteriosa intuición de la poesía no esté ya en él en estado de instinto y de vaga ensoñación? En aquellos a quienes un poco de holgura protege ya desde hoy, y en quienes el exceso de la desdicha no ahoga todo desarrollo moral e intelectual, la dicha pura, sentida y apreciada, está en estado elemental; y, por lo demás, si del seno del dolor y de la fatiga se han alzado ya voces de poetas, ¿por qué habría de decirse que el trabajo de los brazos excluye las funciones del alma? Sin duda esa exclusión es el resultado general de un trabajo excesivo y de una miseria profunda; pero no se diga que cuando el hombre trabaje moderada y útilmente ya no habrá más que malos obreros y malos poetas. Quien saca nobles goces del sentimiento de la poesía es un verdadero poeta, aunque no haya hecho un verso en toda su vida.

Mis pensamientos habían tomado este curso, y no advertía que esta confianza en la educabilidad del hombre se veía fortalecida en mí por influencias exteriores. Caminaba por el borde de un campo que unos campesinos

estaban preparando para la próxima siembra. La extensión era tan vasta como la del cuadro de Holbein. El paisaje era vasto también, y enmarcaba con grandes líneas de verdor, un poco enrojecido con la proximidad del otoño, aquel ancho terreno de un pardo vigoroso donde las lluvias recientes habían dejado, en algunos surcos, líneas de agua que el sol hacía brillar como finos hilos de plata. La jornada era clara y templada, y la tierra, recién abierta por el filo de los arados, exhalaba un vapor ligero. En lo alto del campo, un anciano, cuya espalda ancha y rostro severo recordaban al de Holbein, pero cuyas ropas no anunciaban la miseria, empujaba gravemente su arado de forma antigua, arrastrado por dos bueyes tranquilos, de pelaje amarillo pálido, verdaderos patriarcas de la pradera, altos de talla, algo flacos, de cuernos largos y caídos, de esos viejos trabajadores a quienes un largo hábito ha hecho *hermanos*, como se les llama en nuestros campos, y que, privados el uno del otro, se niegan a trabajar con un nuevo compañero y se dejan morir de pena. Las gentes que no conocen el campo tachan de fábula la amistad del buey por su compañero de tiro. Que vengan a ver en el fondo del establo a un pobre animal flaco, extenuado, golpeando con la cola inquieta sus flancos descarnados, resoplando con espanto y desdén ante el pienso que le presentan, los ojos siempre vueltos hacia la puerta, escarbando con la pata el sitio vacío a su lado, husmeando los yugos y las cadenas que llevó su compañero, y llamándolo sin cesar con lastimosos mugidos. El boyero dirá: «Es una yunta de bueyes perdida; su hermano ha muerto, y ese ya no trabajará más. Habría que poder engordarlo para llevarlo al matadero; pero no quiere comer, y pronto morirá de hambre.»

El viejo labrador trabajaba lentamente, en silencio, sin esfuerzos inútiles. Su dócil yunta no se apresuraba más que él; pero gracias a la continuidad de una labor sin distracción y a un gasto de fuerzas probadas y sostenidas, su surco quedaba trazado tan de prisa como el de su hijo, que llevaba, a cierta distancia, cuatro bueyes menos robustos, en una veta de tierras más recias y más pedregosas.

Pero lo que atrajo después mi atención era en verdad un hermoso espectáculo, un noble asunto para un pintor. En el otro extremo de la llanura labrantía, un joven de buen aspecto conducía una yunta magnífica: cuatro parejas de animales jóvenes, de pelaje oscuro mezclado de negro leonado con reflejos de fuego, con esas cabezas cortas y rizadas que aún huelen a toro salvaje, esos grandes ojos fieros, esos movimientos bruscos, ese trabajo ner-

vioso y entrecortado que aún se irrita contra el yugo y el aguijón y no obedece sino estremeciéndose de cólera a la dominación recién impuesta. Es lo que se llama bueyes *recién uncidos*. El hombre que los gobernaba tenía que roturar un rincón hasta hacía poco abandonado al pastoreo y lleno de tocones seculares, trabajo de atleta al que apenas bastaban su energía, su juventud y sus ocho animales casi indomados.

Un niño de seis a siete años, hermoso como un ángel, y con los hombros cubiertos, sobre su blusa, de una piel de cordero que le hacía parecerse al pequeño san Juan Bautista de los pintores del Renacimiento, caminaba por el surco paralelo al arado y pinchaba el ijar de los bueyes con una vara larga y ligera, armada de un aguijón poco afilado. Los fieros animales se estremecían bajo la manecita del niño, y hacían crujir los yugos y las correas atadas a su frente, imprimiendo al timón violentas sacudidas. Cuando una raíz detenía la reja, el labrador gritaba con voz potente, llamando a cada animal por su nombre, pero más para calmar que para excitar; pues los bueyes, irritados por aquella brusca resistencia, saltaban, cavaban la tierra con sus anchas patas hendidas, y se habrían arrojado de lado llevándose el arado a través del campo, si, con la voz y el aguijón, el joven no hubiese mantenido a los cuatro primeros, mientras el niño gobernaba a los otros cuatro. Gritaba también, el pobrecillo, con una voz que quería hacer terrible y que se quedaba dulce como su rostro angelical. Todo aquello era hermoso de fuerza o de gracia: el paisaje, el hombre, el niño, los toros bajo el yugo; y, pese a esta lucha poderosa, en que la tierra era vencida, había un sentimiento de dulzura y de calma profunda que flotaba sobre todas las cosas. Cuando el obstáculo era vencido y la yunta reanudaba su marcha igual y solemne, el labrador, cuya fingida violencia no era sino un ejercicio de vigor y un gasto de actividad, recobraba de pronto la serenidad de las almas sencillas y lanzaba una mirada de contento paternal a su hijo, que se volvía para sonreírle. Luego la voz varonil de aquel joven padre de familia entonaba el canto solemne y melancólico que la antigua tradición del país transmite, no a todos los labradores indistintamente, sino a los más consumados en el arte de excitar y sostener el ardor de los bueyes de labor. Este canto, cuyo origen tal vez fue considerado sagrado, y al que en otro tiempo debieron de atribuirse misteriosas influencias, tiene fama todavía hoy de poseer la virtud de mantener el coraje de esos animales, de apaciguar su descontento y de encantar el hastío de su larga tarea. No basta con saber guiarlos bien trazando un surco perfectamente recto, aliviarles la pena alzando o hundiendo a punto el

hierro en la tierra: no se es un labrador perfecto si no se sabe cantar a los bueyes, y esto es una ciencia aparte que exige un gusto y unos medios particulares.

Este canto no es, a decir verdad, sino una especie de recitativo interrumpido y retomado a voluntad. Su forma irregular y sus entonaciones falsas según las reglas del arte musical lo hacen intraducible. Pero no por ello deja de ser un hermoso canto, y tan apropiado a la naturaleza del trabajo que acompaña, al paso del buey, a la calma de los lugares agrestes, a la sencillez de los hombres que lo dicen, que ningún genio ajeno al trabajo de la tierra lo habría inventado, y que ningún cantor que no fuera un *buen labrador* de esta comarca sabría repetirlo. En las épocas del año en que no hay otro trabajo ni otro movimiento en el campo que el de la labranza, este canto tan dulce y tan poderoso se alza como una voz de la brisa, a la que su tonalidad particular da cierta semejanza. La nota final de cada frase, sostenida y trémula con una duración y una potencia de aliento increíbles, sube un cuarto de tono desafinando sistemáticamente. Esto es salvaje, pero su encanto es indecible, y cuando uno se ha acostumbrado a oírlo, no concibe que otro canto pudiera alzarse a esas horas y en esos lugares sin turbar su armonía.

Sucedía, pues, que tenía yo ante los ojos un cuadro que contrastaba con el de Holbein, aunque fuese una escena parecida. En lugar de un triste anciano, un hombre joven y ágil; en lugar de un tiro de caballos flacos y agotados, un doble cuadriga de bueyes robustos y fogosos; en lugar de la muerte, un hermoso niño; en lugar de una imagen de desesperación y de una idea de destrucción, un espectáculo de energía y un pensamiento de dicha.

Fue entonces cuando la cuarteta francesa:

Con el sudor de tu rostro, etc.

y el *O fortunatos... agricolas* de Virgilio volvieron juntos a mi mente, y al ver a aquella pareja tan hermosa, el hombre y el niño, llevar a cabo, en condiciones tan poéticas, y con tanta gracia unida a la fuerza, un trabajo lleno de grandeza y de solemnidad, sentí una piedad profunda mezclada con un pesar involuntario. ¡Dichoso el labrador! Sí, sin duda, yo lo sería en su lugar, si mi brazo, vuelto de pronto robusto, y mi pecho vuelto poderoso, pudieran así fecundar y cantar la naturaleza, sin que mis ojos dejaran de ver ni mi cerebro de comprender la armonía de los colores y de los sonidos, la finura de los tonos y la gracia de los contornos, en una palabra, la belleza

misteriosa de las cosas, y sobre todo sin que mi corazón dejara de estar en relación con el sentimiento divino que presidió la creación inmortal y sublime.

¡Pero, ay!, este hombre nunca comprendió el misterio de lo bello, ¡este niño no lo comprenderá jamás!... ¡Dios me libre de creer que no sean superiores a los animales que dominan, y que no tengan por momentos una suerte de revelación extática que encante su fatiga y adormezca sus cuidados! Veo sobre sus nobles frentes el sello del Señor, pues nacieron reyes de la tierra mucho mejor que quienes la poseen por haberla pagado. Y la prueba de que lo sienten es que no se los desarraigaría impunemente, es que aman ese suelo regado por sus sudores, es que el verdadero campesino muere de nostalgia bajo el arnés del soldado, lejos del campo que lo vio nacer. Pero a este hombre le falta una parte de los goces que yo poseo, goces inmateriales que bien le serían debidos, a él, obrero del vasto templo que el cielo es lo bastante vasto para abarcar. Le falta el conocimiento de su sentimiento. Quienes lo condenaron a la servidumbre desde el vientre de su madre, no pudiendo quitarle el ensueño, le quitaron la reflexión.

¡Pues bien! tal como es, incompleto y condenado a una eterna infancia, es todavía más hermoso que aquel en quien la ciencia ha ahogado el sentimiento. No os elevéis por encima de él, vosotros que os creéis investidos del derecho legítimo e imprescriptible de mandarle, pues este error espantoso en que os halláis prueba que vuestro espíritu ha matado vuestro corazón, ¡y que sois los más incompletos y los más ciegos de los hombres!... Prefiero todavía esta sencillez de su alma a las luces falsas de la vuestra; y si tuviera que contar su vida, tendría más placer en hacer resaltar sus lados dulces y conmovedores, que mérito tenéis vosotros en pintar la abyección a la que los rigores y los desdenes de vuestros preceptos sociales pueden precipitarlo.

Conocía yo a aquel joven y a aquel hermoso niño, sabía su historia, pues tenían una historia, todo el mundo tiene la suya, y cada cual podría interesar con la novela de su propia vida, si la hubiera comprendido... Aunque campesino y simple labrador, Germain se había hecho cargo de sus deberes y de sus afectos. Me los había contado con naturalidad, con claridad, y yo lo había escuchado con interés. Cuando lo hube contemplado labrar un buen rato, me pregunté por qué no habría de escribirse su historia, aunque fuese

una historia tan sencilla, tan derecha y tan poco adornada como el surco que trazaba con su arado.

El año próximo, este surco quedará colmado y cubierto por un surco nuevo. Así se imprime y desaparece el rastro de la mayoría de los hombres en el campo de la humanidad. Un poco de tierra lo borra, y los surcos que hemos cavado se suceden unos a otros como las tumbas en el cementerio. ¿No vale acaso el surco del labrador tanto como el del ocioso, que sin embargo tiene un nombre, un nombre que perdurará, si, por alguna singularidad o absurdidad cualquiera, hace un poco de ruido en el mundo?...

¡Pues bien! arranquemos, si es posible, de la nada del olvido, el surco de Germain, el *buen labrador*. Él no sabrá nada de esto y apenas se inquietará por ello; pero yo habré tenido algún placer en intentarlo.

CAPÍTULO III. EL TÍO MAURICE

—Germain —le dijo un día su suegro—, tienes que decidirte, sin embargo, a volver a tomar mujer. Ya hace casi dos años que eres viudo de mi hija, y tu mayor tiene siete años. Te acercas a la treintena, muchacho, y sabes que, pasada esa edad, en nuestra tierra, se considera que un hombre ya es demasiado viejo para volver a casarse. Tienes tres hijos hermosos, y hasta ahora no nos han dado ningún estorbo. Mi mujer y mi nuera los han cuidado lo mejor que han podido, y los han querido como debían. Ya está Petit-Pierre casi criado; ya pincha a los bueyes bastante bien; ya es lo bastante juicioso para guardar el ganado en el prado, y lo bastante fuerte para llevar los caballos al abrevadero. Ese, pues, no nos estorba; pero los otros dos, a quienes sin embargo queremos, bien lo sabe Dios, los pobres inocentes nos dan este año mucho cuidado. Mi nuera está a punto de dar a luz, y todavía tiene uno bien pequeño en brazos. Cuando venga el que esperamos, ya no podrá ocuparse de tu pequeña Solange y sobre todo de tu Sylvain, que no tiene cuatro años y que no está quieto ni de día ni de noche. Tiene la sangre viva como tú: eso hará un buen trabajador, pero de momento es un niño terrible, y mi vieja ya no corre lo bastante deprisa para atraparlo cuando se escapa hacia la fosa, o cuando se echa bajo las patas de las bestias. Y además, con este otro que va a traer al mundo mi nuera, el penúltimo va a recaer durante un año por lo menos en los brazos de mi mujer. Así que tus hijos nos inquietan y nos sobrecargan. No nos gusta ver niños mal cuidados; y cuando uno piensa en los accidentes que pueden ocurrirles, por falta de vigilancia, no se tiene la cabeza tranquila. Necesitas, pues, otra mujer, y yo otra nuera. Piénsalo, muchacho. Ya te lo he advertido varias veces, el tiempo pasa, los años no te esperarán. Debes a tus hijos y a nosotros, que queremos que todo vaya bien en la casa, casarte cuanto antes.

—Bueno, tío —respondió el yerno—, si usted lo quiere a toda costa, habrá que conformarse. Pero no quiero ocultarle que esto me dará mucha pena, y que no tengo apenas más ganas de hacerlo que de ahogarme. Se sabe a quién se pierde y no se sabe a quién se encontrará. Tenía yo una mujer honrada, una mujer hermosa, dulce, valiente, buena con su padre y su madre, buena con su marido, buena con sus hijos, buena para el trabajo, tanto en el campo como en casa, hábil en la faena, buena para todo, en fin; y cuando usted me la dio, cuando la tomé por esposa, no pusimos entre nuestras condiciones que llegaría yo a olvidarla si tenía la desgracia de perderla.

—Lo que dices ahí es de buen corazón, Germain —replicó el tío Maurice—; yo sé que has amado a mi hija, que la has hecho dichosa, y que si hubieras podido contentar a la muerte pasando tú en su lugar, Catherine estaría viva a estas horas, y tú en el cementerio. Bien merecía ser amada por ti hasta ese punto, y si tú no te consuelas de ello, nosotros tampoco nos consolamos. Pero no te hablo de olvidarla. El buen Dios ha querido que nos dejara, y no pasamos un solo día sin hacerle saber, con nuestras oraciones, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros actos, que respetamos su recuerdo y que estamos apenados por su partida. Pero si ella pudiera hablarte desde el otro mundo y darte a conocer su voluntad, te mandaría buscar una madre para sus pobres huérfanos. Se trata, pues, de encontrar una mujer que sea digna de reemplazarla. No será cosa fácil; pero no es imposible; y cuando te la hayamos encontrado, la amarás como amabas a mi hija, porque eres un hombre honrado, y porque le agradecerás que nos haga el favor y que quiera a tus hijos.

—Está bien, tío Maurice —dijo Germain—, haré su voluntad como siempre la he hecho.

—Es de justicia reconocerlo, hijo mío, que siempre has escuchado el afecto y las buenas razones del jefe de tu familia. Pensemos, pues, juntos en la elección de tu nueva mujer. Primero, no soy de opinión de que tomes una jovencita. No es eso lo que te conviene. La juventud es ligera; y como criar tres hijos es una carga, sobre todo cuando son de otro lecho, hace falta un alma buena, muy juiciosa, muy dulce y muy inclinada al trabajo. Si tu mujer no tiene más o menos tu misma edad, no tendrá bastante juicio para aceptar semejante deber. Te encontrará demasiado viejo y tus hijos demasiado jóvenes. Se quejará y tus hijos padecerán.

—Eso es justamente lo que me inquieta —dijo Germain—. ¿Si estos pobres pequeños llegaran a ser maltratados, odiados, golpeados?

—¡No lo quiera Dios! —replicó el anciano—. Pero las mujeres malas son más raras en nuestra tierra que las buenas, y habría que estar loco para no echar mano de la que conviene.

—Es verdad, tío: hay buenas muchachas en nuestro pueblo. Está la Louise, la Sylvaine, la Claudie, la Marguerite... en fin, la que usted quiera.

—Despacio, despacio, muchacho, todas esas muchachas son demasiado jóvenes o demasiado pobres... o demasiado bonitas; pues, al fin y al cabo, hay que pensar también en eso, hijo mío. Una mujer bonita no siempre es tan formal como otra.

—¿Quiere usted entonces que tome una fea? —dijo Germain algo inquieto.

—No, nada de fea, pues esta mujer te dará otros hijos, y no hay nada tan triste como tener hijos feos, enclenques y enfermizos. Pero una mujer todavía fresca, de buena salud y que no sea ni bonita ni fea, te vendría muy bien.

—Ya veo —dijo Germain sonriendo un poco tristemente—, que, para tenerla tal como usted la quiere, habrá que hacerla a propósito: tanto más cuanto que no la quiere pobre, y que las ricas no son fáciles de conseguir, sobre todo para un viudo.

—¿Y si ella misma fuera viuda, Germain? Vamos, una viuda sin hijos y con buenos bienes.

—No conozco a ninguna por ahora en nuestra parroquia.

—Ni yo tampoco, pero las hay en otros sitios.

—Tiene usted a alguien en mente, tío; entonces, dígalo de una vez.

CAPÍTULO IV. GERMAIN, EL BUEN LABRADOR

—Sí, tengo a alguien en mente —respondió el tío Maurice—. Es una Léonard, viuda de un tal Guérin, que vive en Fourche.

—No conozco ni a la mujer ni el lugar —respondió Germain, resignado, pero cada vez más triste.

—Se llama Catherine, como tu difunta.

—¿Catherine? Sí, me dará gusto tener que decir ese nombre; ¡Catherine! Y sin embargo, si no puedo quererla tanto como a la otra, me dará aún más pena, me la recordará más a menudo.

—Te digo que la querrás: es de buena pasta, una mujer de gran corazón; hace tiempo que no la veo, entonces no era fea moza; pero ya no es joven, tiene treinta y dos años. Es de buena familia, gente honrada donde las haya, y tiene bien ocho o diez mil francos en tierras, que vendería de buena gana para comprar otras en el lugar donde se establezca; porque ella también piensa en volver a casarse, y sé que, si tu carácter le conviniera, no encontraría mala tu posición.

—¿Así que ya lo tienen todo arreglado?

—Sí, salvo la opinión de los dos; y eso es lo que habría que preguntaros el uno al otro, tratándoos. El padre de esa mujer es algo pariente mío, y ha sido muy amigo mío. ¿Lo conoces bien, al tío Léonard?

—Sí, lo he visto hablar con usted en las ferias, y, en la última, comieron juntos; ¿así que era de eso de lo que os hablabais tan largamente?

—Sin duda; te miraba vender tus animales y encontraba que te las arreglabas bien, que eras un mozo de buena planta, que parecías activo y des-

pierto; y cuando le hube dicho todo lo que eres y cómo te portas bien con nosotros, desde hace ocho años que vivimos y trabajamos juntos, sin que jamás haya habido entre nosotros una palabra de disgusto ni de cólera, se le metió en la cabeza casarte con su hija; lo cual también me conviene a mí, te lo confieso, dada la buena fama que tiene, la honradez de su familia y los buenos negocios en que sé que andan.

— Ya veo, tío Maurice, que a usted le importan un poco los buenos negocios.

— Claro que me importan. ¿Y a ti no?

— Me importan, si usted quiere, por darle gusto; pero ya sabe que, por mi parte, nunca me preocupo de lo que me toca o no me toca en nuestras ganancias. No entiendo de repartos, y mi cabeza no vale para esas cosas. Conozco la tierra, conozco los bueyes, los caballos, los tiros, las siembras, la trilla, los forrajes. En cuanto a las ovejas, la viña, la huerta, las pequeñas ganancias y el cultivo fino, ya sabe que eso le toca a su hijo y que yo no me meto mucho en ello. En cuanto al dinero, tengo poca memoria, y preferiría cederlo todo antes que discutir sobre lo tuyo y lo mío. Temería equivocarme y reclamar lo que no me corresponde, y si los negocios no fueran sencillos y claros, jamás me aclararía en ellos.

— Tanto peor, hijo mío, y por eso quisiera que tuvieras una mujer con cabeza que me reemplazara cuando yo ya no esté. Nunca has querido ver claro en nuestras cuentas, y eso podría traerte disgustos con mi hijo, cuando ya no me tengáis a mí para poneros de acuerdo y deciros lo que a cada uno le corresponde.

— ¡Que viva usted muchos años, tío Maurice! Pero no se preocupe por lo que será después de usted; jamás reñiré con su hijo. Me fío de Jacques tanto como de usted mismo, y como no tengo bienes propios, y todo lo que pueda tocarme viene de su hija y pertenece a nuestros hijos, puedo estar tranquilo, y usted también; Jacques no querría despojar a los hijos de su hermana en favor de los suyos, puesto que los quiere casi tanto a unos como a otros.

— Tienes razón en eso, Germain. Jacques es buen hijo, buen hermano y hombre que ama la verdad. Pero Jacques puede morir antes que tú, antes de que vuestros hijos estén criados, y en una familia siempre hay que pensar en no dejar a los menores sin un jefe que los aconseje bien y arregle sus dife-

rencias. De otro modo, los hombres de leyes se meten de por medio, los enemistan entre sí y les hacen comérselo todo en pleitos. Así pues, no debemos pensar en meter en casa una persona más, sea hombre o mujer, sin decirnos que un día esa persona tendrá quizá que dirigir la conducta y los negocios de una treintena de hijos, nietos, yernos y nueras... No se sabe cuánto puede crecer una familia, y cuando la colmena está demasiado llena y hay que enjambrar, cada cual piensa en llevarse su miel. Cuando te tomé por yerno, aunque mi hija fuera rica y tú pobre, no le reproché haberte elegido. Te veía buen trabajador, y bien sabía que la mejor riqueza para gente de campo como nosotros es un par de brazos y un corazón como el tuyo. Cuando un hombre trae eso a una familia, trae bastante. Pero una mujer es diferente: su trabajo en la casa sirve para conservar, no para adquirir. Además, ahora que eres padre y buscas esposa, hay que pensar que tus nuevos hijos, no teniendo nada que reclamar en la herencia de los del primer matrimonio, se encontrarían en la miseria si tú llegaras a morir, a menos que tu mujer tuviera algún bien de su parte. Y además, los hijos con que vas a aumentar nuestra colonia costarán algo de mantener. Si eso recayera solo sobre nosotros, los mantendríamos, sin duda, y sin quejarnos; pero el bienestar de todos se vería disminuido, y los primeros hijos tendrían su parte de privaciones en ello. Cuando las familias aumentan sin medida sin que el patrimonio aumente en proporción, llega la miseria, por mucho valor que se le ponga. Ahí van mis observaciones, Germain, sopésalas, y procura hacerte agradable a la viuda Guérin; porque su buena conducta y sus escudos traerán aquí ayuda para el presente y tranquilidad para el futuro.

—Trato hecho, padre. Procuraré agradarle y que ella me agrade.

—Para eso hay que verla e ir a buscarla.

—¿A su pueblo? ¿A Fourche? Está lejos de aquí, ¿no es verdad? y apenas tenemos tiempo de correr por ahí en esta temporada.

—Cuando se trata de un matrimonio por amor, hay que contar con perder el tiempo; pero cuando es un matrimonio de conveniencia entre dos personas que no tienen caprichos y saben lo que quieren, pronto queda decidido. Mañana es sábado; harás tu jornada de labranza un poco más corta, saldrás hacia las dos después de comer; estarás en Fourche al anochecer; la luna está grande en estos días, los caminos están buenos, y no hay más de tres leguas de camino. Está cerca del Magnier. Además, llevarás la yegua.

—Preferiría ir a pie, con este tiempo fresco.

—Sí, pero la yegua es hermosa, y un pretendiente que llega tan bien montado hace mejor figura. Te pondrás la ropa nueva, y llevarás un buen presente de caza al tío Léonard. Llegarás de mi parte, hablarás con él, pasarás el domingo con su hija, y volverás con un sí o un no el lunes por la mañana.

—Entendido —respondió Germain tranquilamente; y sin embargo no estaba del todo tranquilo.

Germain había vivido siempre sabiamente, como viven los campesinos laboriosos. Casado a los veinte años, no había amado más que a una mujer en su vida, y, desde su viudez, aunque era de carácter impetuoso y alegre, no había reído ni retozado con ninguna otra. Había llevado fielmente un verdadero pesar en el corazón, y no era sin temor ni sin tristeza que cedía a su suegro; pero el suegro había gobernado siempre sabiamente a la familia, y Germain, que se había entregado por entero a la obra común, y, por consiguiente, a quien la personificaba, al padre de familia, Germain no entendía cómo hubiera podido rebelarse contra buenas razones, contra el interés de todos.

Sin embargo, estaba triste. Pasaban pocos días sin que llorara a su mujer en secreto, y, aunque la soledad empezaba a pesarle, más miedo tenía de formar una nueva unión que deseo de sustraerse a su pena. Se decía vagamente que el amor hubiera podido consolarlo, viniendo a sorprenderlo, pues el amor no consuela de otro modo. No se le encuentra cuando se lo busca; viene a nosotros cuando no lo esperamos. Ese frío proyecto de matrimonio que le presentaba el tío Maurice, esa prometida desconocida, quizá incluso todo el bien que le decían de su juicio y de su virtud, le daban que pensar. E iba caminando, cavilando, como cavilan los hombres que no tienen ideas suficientes para que combatan entre sí, es decir, sin formularse a sí mismo bellas razones de resistencia y egoísmo, sino sufriendo un dolor sordo, y sin luchar contra un mal que había que aceptar.

Entretanto, el tío Maurice había vuelto a la granja, mientras Germain, entre la puesta del sol y la noche, empleaba la última hora del día en cerrar las brechas que las ovejas habían hecho en el seto de un cercado vecino a los edificios. Levantaba los tallos de espino y los sostenía con terrones de tierra, mientras los tordos parloteaban en el matorral cercano y parecían gritar-

le que se diera prisa, ansiosos como estaban de venir a examinar su obra en cuanto él se hubiera marchado.

CAPÍTULO V. LA GUILLETTE

El tío Maurice encontró en su casa a una vieja vecina que había venido a charlar con su mujer mientras buscaba brasas para encender su fuego. La tía Guillette habitaba una choza muy pobre a dos tiros de escopeta de la granja. Pero era una mujer de orden y de voluntad. Su pobre casa estaba limpia y bien cuidada, y sus ropas remendadas con esmero anunciaban el respeto de sí misma en medio de la penuria.

—Ha venido a buscar la lumbre de la noche, tía Guillette —le dijo el anciano—. ¿Quiere alguna otra cosa?

—No, tío Maurice —respondió ella—; nada por ahora. No soy pedigüeña, ya lo sabe usted, y no abuso de la bondad de mis amigos.

—Es la verdad; por eso sus amigos siempre están dispuestos a hacerle un favor.

—Estaba charlando con su mujer, y le preguntaba si Germain se decidía por fin a volver a casarse.

—Usted no es nada chismosa —respondió el tío Maurice—, se puede hablar delante de usted sin temor a habladurías: así que le diré a mi mujer y a usted que Germain está del todo decidido; sale mañana para la finca de Fourche.

—¡A la buena hora! —exclamó la tía Maurice—; ¡pobre hijo! ¡Quiera Dios que encuentre una mujer tan buena y tan honrada como él!

—¡Ah! ¿Va a Fourche? —observó la Guillette—. ¡Vean cómo viene bien esto! Me arregla mucho, y ya que me preguntaba hace un momento si deseaba algo, le voy a decir, tío Maurice, en qué me puede usted hacer un favor.

—Diga, diga; hacerle un favor, eso queremos.

—Quisiera que Germain se tomara la molestia de llevarse a mi hija con él.

—¿Adónde? ¿A Fourche?

—A Fourche no; sino a los Ormeaux, donde va a quedarse el resto del año.

—¿Cómo! —dijo la tía Maurice—, ¿se separa usted de su hija?

—Bien tiene que entrar a servir y ganar algo. Bastante pena me da a mí, y a ella también, ¡pobre alma! No pudimos decidirnos a separarnos por San Juan; pero ahora llega San Martín, y ella encuentra una buena plaza de pastora en las granjas de los Ormeaux. El granjero pasaba el otro día por aquí, al volver de la feria. Vio a mi Marie, que guardaba sus tres ovejas en el comunal. «No está usted muy ocupada, muchacha —le dijo—; y tres ovejas para una pastora, no es gran cosa. ¿Quiere guardar cien? Me la llevo. La pastora de casa ha caído enferma, vuelve con sus padres, y si quiere estar en casa antes de ocho días, tendrá cincuenta francos por el resto del año hasta San Juan.» La niña se negó, pero no pudo evitar pensarlo y decírmelo cuando, al volver por la noche, me vio triste y apurada por pasar el invierno, que va a ser duro y largo, pues se ha visto este año que las grullas y los gansos salvajes cruzaron los aires un buen mes antes de lo acostumbrado. Lloramos las dos; pero al fin nos vino el valor. Nos dijimos que no podíamos quedarnos juntas, puesto que apenas hay con qué mantener a una sola persona en nuestro pedazo de tierra; y puesto que Marie está en edad (ya va a cumplir dieciséis años), bien tiene que hacer como las demás, ganarse el pan y ayudar a su pobre madre.

—Tía Guillette —dijo el viejo labrador—, si no hicieran falta más que cincuenta francos para consolarla de sus penas y librarla de mandar a su hija lejos, de veras que se los conseguiría, aunque cincuenta francos para gente como nosotros ya empiezan a pesar. Pero en todo hay que consultar la razón tanto como la amistad. Aunque se salve de la miseria de este invierno, no se salvará de la miseria por venir, y cuanto más tarde su hija en decidirse, más les costará a ella y a usted separarse. La pequeña Marie se hace grande y fuerte, y no tiene con qué ocuparse en su casa. Podría cogerle el gusto a la holgazanería...

—Oh, eso no lo temo —dijo la Guillette—. Marie es tan animosa como pueda serlo una moza rica y al frente de una gran hacienda. No se está un instante con los brazos cruzados, y cuando no tenemos labor, limpia y frota nuestros pobres muebles hasta dejarlos claros como espejos. Es una niña que vale su peso en oro, y mucho más me hubiera gustado que entrara en su casa como pastora que ir tan lejos con gente que no conozco. La habrían tomado ustedes por San Juan, si hubiéramos sabido decidírnos; pero ahora tienen ya contratada a toda su gente, y no será hasta San Juan del año que viene cuando podamos pensarlo.

—¡Eh! Consiento de todo corazón, Guillette. Eso me dará gusto. Pero mientras tanto, hará bien en aprender un oficio y en acostumbrarse a servir a los demás.

—Sí, sin duda; la suerte está echada. El granjero de los Ormeaux la mandó pedir esta mañana; hemos dicho que sí, y tiene que partir. Pero la pobre niña no conoce el camino, y no me gustaría mandarla tan lejos ella sola. Ya que su yerno va mañana a Fourche, bien puede llevársela. Parece que está muy cerca de la finca adonde va, según me han dicho; pues yo nunca he hecho ese viaje.

—Está muy cerca, y mi yerno la llevará. Es lo que se debe; hasta podrá llevarla a la grupa de la yegua, con lo cual le ahorrará los zapatos. Ahí viene ya para cenar. Dime, Germain, la pequeña Marie, la de la tía Guillette, se va de pastora a los Ormeaux. ¿Tú la llevarás en tu caballo, verdad?

—Está bien —respondió Germain, que iba preocupado, pero siempre dispuesto a hacer un favor a su prójimo.

En nuestro mundo, semejante cosa no se le ocurriría a una madre, confiar una hija de dieciséis años a un hombre de veintiocho; porque Germain no tenía en realidad más que veintiocho años; y aunque, según las ideas de su tierra, pasara por viejo desde el punto de vista del matrimonio, seguía siendo el hombre más apuesto del lugar. El trabajo no lo había ahuecado ni marchitado como a la mayoría de los campesinos que llevan diez años de labranza sobre la cabeza. Tenía fuerzas para labrar todavía diez años más sin parecer viejo, y habría hecho falta que el prejuicio de la edad pesara mucho en el ánimo de una moza para impedirle ver que Germain tenía el color sano, el ojo vivo y azul como el cielo de mayo, la boca rosada, unos dientes

soberbios, el cuerpo elegante y flexible como el de un caballo joven que aún no ha dejado el prado.

Pero la castidad de las costumbres es una tradición sagrada en ciertos campos alejados del movimiento corrompido de las grandes ciudades, y, entre todas las familias de Belair, la familia de Maurice tenía fama de honrada y de amiga de la verdad. Germain iba a buscar esposa; Marie era una niña demasiado joven y demasiado pobre para que él pensara en ella con ese fin, y, a menos de ser un *desalmado* y un *mal hombre*, le era imposible tener un pensamiento culpable junto a ella. El tío Maurice no se inquietó, pues, en absoluto al verlo llevarse a la grupa a esa linda muchacha; la Guillette habría creído que le hacía una injuria si le hubiera recomendado respetarla como a una hermana; Marie montó en la yegua llorando, después de haber besado veinte veces a su madre y a sus jóvenes amigas. Germain, que estaba triste por su cuenta, compadecía tanto más su pena, y se marchó con aire serio, mientras la gente del vecindario se despedía con la mano de la pobre Marie sin pensar mal alguno.

CAPÍTULO VI. PETIT-PIERRE

La *Grise* era joven, hermosa y vigorosa. Llevaba sin esfuerzo su doble carga, gachas las orejas y mordiendo el freno, como la yegua fogosa y orgullosa que era. Al pasar delante del prado largo, avistó a su madre, que se llamaba la vieja *Grise*, como ella la joven *Grise*, y relinchó en señal de despedida. La vieja *Grise* se acercó al seto haciendo sonar sus trabas, intentó galopar por el borde del prado para seguir a su hija; luego, al verla tomar el trote largo, relinchó a su vez, y quedó pensativa, inquieta, el hocico al viento, la boca llena de hierba que ya no pensaba en comer.

— Esa pobre bestia siempre conoce a su cría — dijo Germain para distraer a la pequeña Marie de su pena —. Eso me hace pensar que no besé a mi Petit-Pierre antes de salir. ¡El muy pícaro no estaba! Quería, anoche, que le prometiera llevarlo, y estuvo llorando una hora en la cama. Esta mañana, aún, lo intentó todo para convencerme. ¡Ah, qué mañoso y qué zalamero es! Pero cuando vio que no podía ser, el señorito se enfadó: se fue a los campos, y no lo he vuelto a ver en todo el día.

— Yo sí lo vi — dijo la pequeña Marie, esforzándose por contener las lágrimas —. Corría con los niños de Soulas por el lado de los talares, y bien me figuré que llevaba mucho rato fuera de casa, porque tenía hambre y comía endrinas y moras de zarza. Le di el pan de mi merienda, y me dijo: «Gracias, mi Marie linda: cuando vengas a casa, te daré torta.» ¡Es un niño demasiado bueno el que tiene usted, Germain!

— Sí, qué bueno es — repuso el labrador —, ¡y no sé qué no haría yo por él! Si su abuela no hubiera tenido más juicio que yo, no habría podido contenerme de llevármelo, al verlo llorar tan fuerte que su pobre corazoncito se le hinchaba entero.

— ¡Pues bien! ¿Por qué no se lo habría llevado, Germain? Apenas le habría estorbado; ¡es tan razonable cuando se hace su voluntad!

— Parece que habría estado de más allá donde voy. Al menos esa era la opinión del tío Maurice... Yo, sin embargo, habría pensado que, al contrario, había que ver cómo lo recibían, y que un niño tan agradable no podía sino ser bien acogido... Pero dicen en casa que no conviene empezar mostrando las cargas de la familia... No sé por qué te hablo de esto, pequeña Marie; tú no entiendes nada de eso.

— Sí que entiendo, Germain; sé que se va usted a casar; mi madre me lo dijo, encargándome que no hablara de ello con nadie, ni en su casa, ni allá donde voy, y puede usted estar tranquilo: no diré nada.

— Harás bien, porque no está hecho todavía; quizá no le convenga yo a la mujer en cuestión.

— Hay que esperar que sí, Germain. ¿Y por qué no habría de convenirle?

— ¿Quién sabe? Tengo tres hijos, y eso pesa mucho para una mujer que no es su madre.

— Es verdad, pero sus hijos no son como otros niños.

— ¿Tú crees?

— Son hermosos como angelitos, y tan bien educados que no se pueden ver otros más simpáticos.

— Está Sylvain, que no es demasiado tratable.

— ¡Es tan pequeño! No puede ser sino terrible, ¡pero tiene tanta gracia!

— Es verdad que tiene gracia: ¡y qué valor! No teme ni a las vacas ni a los toros, y si lo dejaran, ya se subiría a los caballos con su hermano mayor.

— Yo, en su lugar, me habría traído al mayor. Seguro que eso le habría hecho ganarse enseguida el cariño, ¡tener un niño tan guapo!

— Sí, si la mujer quiere a los niños; ¡pero si no los quiere!

— ¿Es que hay mujeres que no quieren a los niños?

— No muchas, creo; pero en fin, las hay, y eso es lo que me atormenta.

— ¿Entonces no conoce usted en absoluto a esa mujer?

—No más que tú, y me temo no conocerla mejor después de haberla visto. Yo no soy desconfiado. Cuando me dicen buenas palabras, las creo; pero más de una vez he tenido ocasión de arrepentirme, porque las palabras no son hechos.

—Dicen que es una mujer muy honrada.

—¿Quién dice eso? ¡El tío Maurice!

—Sí, su suegro.

—Está muy bien; pero él tampoco la conoce.

—Pues bien, pronto la verá usted, prestará mucha atención, y hay que esperar que no se equivoque, Germain.

—Mira, pequeña Marie, me gustaría que entraras un poco en la casa, antes de irte derecha a los Ormeaux: tú eres lista, siempre has mostrado tener despierto el ingenio, y te fijas en todo. Si ves algo que te dé que pensar, me lo dirás bajito.

—¡Oh, no, Germain, no haré eso! Temería demasiado equivocarme; y, además, si una palabra dicha a la ligera llegara a quitarle las ganas de este matrimonio, sus padres me lo tomarían a mal, y ya tengo bastantes penas así, sin atraer otras sobre mi pobre y querida madre.

Mientras departían así, la Grise dio un respingo, enderezando las orejas, luego volvió sobre sus pasos y se acercó al matorral, donde algo que empezaba a reconocer la había asustado al principio. Germain echó una mirada al matorral, y vio en el foso, bajo las ramas espesas y todavía frescas de un roble desmochado, algo que tomó por un cordero.

—Es una bestia extraviada —dijo—, o muerta, porque no se mueve. Quizá alguien la busca; ¡hay que ver!

—No es una bestia —exclamó la pequeña Marie—: es un niño que duerme; es su Petit-Pierre.

—¡Vaya por Dios! —dijo Germain, bajando del caballo—; miren a este pequeño bribón dormido ahí, tan lejos de casa, ¡y en un foso donde bien podría encontrarlo alguna serpiente!

Tomó al niño en brazos, que le sonrió al abrir los ojos y le echó los brazos al cuello diciéndole: ¡Padrecito, me vas a llevar contigo!

—¡Ah, sí! ¡Siempre la misma canción! ¿Qué hacías ahí, Pierre, granuja?

—Esperaba a que pasara mi padrecito —dijo el niño—; miraba el camino, y de tanto mirar, me quedé dormido.

—¡Y si yo hubiera pasado sin verte, te habrías quedado toda la noche fuera, y el lobo te habría comido!

—¡Oh, yo bien sabía que me verías! —respondió Petit-Pierre con confianza.

—Bueno, ahora, Pierre, dame un beso, dime adiós, y vuelve corriendo a casa, si no quieres que cenén sin ti.

—¿Entonces no quieres llevarme? —exclamó el pequeño, empezando a frotarse los ojos para mostrar que se disponía a llorar.

—Bien sabes que el abuelo y la abuela no lo quieren —dijo Germain, atrincherándose tras la autoridad de los abuelos, como un hombre que apenas cuenta con la suya propia.

Pero el niño no atendió a razones. Se puso a llorar de veras, diciendo que ya que su padre se llevaba a la pequeña Marie, bien podía llevarlo a él también. Se le objetó que había que atravesar los grandes bosques, que allí había muchas bestias malas que se comían a los niños pequeños, que la Grise no quería llevar a tres personas, que lo había declarado al salir, y que en el país adonde iban no había ni cama ni cena para los mocosos. Todas estas excelentes razones no convencieron en absoluto a Petit-Pierre; se tiró a la hierba, y se revolcó en ella, gritando que su padrecito ya no lo quería, y que si no se lo llevaba, no volvería a casa ni de día ni de noche.

Germain tenía un corazón de padre tan tierno y tan débil como el de una mujer. La muerte de la suya, los cuidados que se había visto obligado a prodigar él solo a sus pequeños, y también el pensamiento de que aquellos pobres niños sin madre necesitaban ser muy queridos, habían contribuido a hacerlo así, y se libró en su interior un combate tan rudo, tanto más cuanto que se avergonzaba de su flaqueza y se esforzaba por ocultar su turbación a la pequeña Marie, que le vino el sudor a la frente y sus ojos se enrojecieron en los bordes, prestos también a llorar. Al fin intentó enfadarse; pero al volverse hacia la pequeña Marie, como para tomarla por testigo de su firmeza de ánimo, vio que el rostro de aquella buena muchacha estaba bañado en lá-

grimas, y, abandonándolo todo su valor, le fue imposible contener las suyas, aunque siguiera regañando y amenazando.

—De veras que tiene usted el corazón demasiado duro —le dijo por fin la pequeña Marie—, y, por mi parte, jamás podría resistirme así a un niño que tiene un disgusto tan grande. Vamos, Germain, llévelo. Su yegua está bien acostumbrada a llevar a dos personas y un niño, prueba de ello es que su cuñado y su mujer, que es mucho más pesada que yo, van al mercado los sábados con su chico, a lomos de esta buena bestia. Lo pondrá a caballo delante de usted, y además prefiero irme yo sola a pie antes que dar pena a este pequeño.

—No hay problema —respondió Germain, que se moría de ganas de dejarse convencer—. La Grise es fuerte y llevaría dos más, si hubiera sitio en su lomo. Pero ¿qué haremos con este niño por el camino? Tendrá frío, tendrá hambre... ¿y quién cuidará de él esta noche y mañana para acostarlo, lavarlo y volverlo a vestir? No me atrevo a dar esa molestia a una mujer que no conozco, y que sin duda encontrará que me tomo demasiadas confianzas con ella para empezar.

—Por el cariño o el fastidio que muestre, la conocerá usted enseguida, Germain, créame; y además, si rechaza a su Pierre, yo me encargo de él. Iré a su casa a vestirlo y me lo llevaré mañana al campo. Lo entretendré todo el día y cuidaré de que no le falte nada.

—¡Y te fastidiará, pobre muchacha! ¡Te estorbará! ¡Un día entero es mucho!

—Al contrario, me dará gusto, me hará compañía, y hará menos triste el primer día que tenga que pasar en una tierra nueva. Me figuraré que sigo estando en casa.

El niño, viendo que la pequeña Marie tomaba su partido, se había agarrado a su falda y la sujetaba tan fuerte que habría hecho falta hacerle daño para arrancarlo de allí. Cuando comprendió que su padre cedía, tomó la mano de Marie entre sus dos manecitas atezadas por el sol, y la besó saltando de alegría y tirando de ella hacia la yegua, con esa impaciencia ardiente que los niños ponen en sus deseos.

—Vamos, vamos —dijo la muchacha, alzándolo en brazos—, tratemos de calmar ese pobre corazón que salta como un pajarillo, y si sientes frío cuan-

do llegue la noche, dímelo, Pierre mío, te abrigaré en mi capa. Besa a tu padrecito, y pídele perdón por haberte portado mal. Dile que no volverá a pasarte, ¡nunca! ¡Nunca, me oyes?

—Sí, sí, con la condición de que siempre le haré su voluntad, ¿verdad?
—dijo Germain, secando los ojos del pequeño con su pañuelo—: ¡ah, Marie, me lo estás mimando, a este pícaro!... Y de veras, eres una muchacha demasiado buena, pequeña Marie. No sé por qué no entraste de pastora en nuestra casa en el último San Juan. Habrías cuidado de mis hijos, y habría preferido pagarte un buen jornal por servirlos, antes que ir a buscar una mujer que quizá crea hacerme un gran favor con solo no detestarlos.

—No hay que ver así las cosas por el lado malo —respondió la pequeña Marie, sujetando la brida del caballo mientras Germain colocaba a su hijo delante, sobre la ancha albarda guarnecida de piel de cabra—: si su mujer no quiere a los niños, me tomará usted a su servicio el año que viene, y, esté tranquilo, los entretendré tan bien que no se darán cuenta de nada.

CAPÍTULO VII. EN EL PÁRAMO

— Vaya —dijo Germain, cuando ya habían andado unos pasos— , ¿qué van a pensar en casa al no ver volver a este hombrecito? Sus padres se inquietarán y lo buscarán por todas partes.

— Le dirá usted al peón caminero que trabaja allá arriba, en la carretera, que se lo lleva, y le encargará que avise a los suyos.

— Es verdad, Marie, tú te das cuenta de todo; yo ya no pensaba que Jeanne debía de andar por allí.

— Y además vive muy cerca de la granja, así que no dejará de hacer el recado.

Tomada esta precaución, Germain puso la yegua al trote, y Petit-Pierre estaba tan contento que no se dio cuenta enseguida de que no había comido; pero el movimiento del caballo, abriéndole el apetito, hizo que, al cabo de una legua, empezara a bostezar, a palidecer y a confesar que se moría de hambre.

— Ya empieza esto —dijo Germain—. Bien sabía yo que no iríamos lejos sin que este señorito se pusiera a pedir de comer o de beber.

— ¡Yo también tengo sed! —dijo Petit-Pierre.

— Pues bien, entraremos en la taberna de la tía Rebec, en Corlay, en *El Amanecer*. ¡Bonito nombre, pero pobre posada! Vamos, Marie, tú también beberás un dedo de vino.

— No, no, no necesito nada —dijo ella— , yo sujetaré la yegua mientras entra usted con el pequeño.

—Pero ahora caigo, buena muchacha: esta mañana le diste a mi Pierre el pan de tu merienda, y tú estás en ayunas; no has querido comer con nosotros en casa, no has hecho más que llorar.

—¡Oh, no tenía hambre, tenía demasiada pena! Y le juro que todavía ahora no siento ningunas ganas de comer.

—Hay que forzarte, pequeña; si no, te pondrás enferma. Tenemos camino que hacer, y no conviene llegar allá como hambrientos, a pedir pan antes de dar los buenos días. Yo mismo quiero darte ejemplo, aunque no tengo mucho apetito; pero saldré del paso, ya que, después de todo, tampoco he comido. Os veía llorar, a ti y a tu madre, y eso me afligía el corazón. Vamos, vamos, voy a atar la Grise a la puerta; baja, que lo quiero.

Entraron los tres en casa de la Rebec, y en menos de un cuarto de hora la cojeña gorda consiguió servirles una tortilla de buen aspecto, pan moreno y vino clarete.

Los campesinos no comen deprisa, y el pequeño Pierre tenía tan buen apetito que pasó casi una hora antes de que Germain pudiera pensar en ponerse otra vez en camino. La pequeña Marie había comido al principio por complacencia; luego, poco a poco, le había venido el hambre, pues a los dieciséis años no se puede ayunar mucho tiempo, y el aire del campo es imperioso. Las buenas palabras que Germain supo decirle para consolarla y darle ánimos también produjeron su efecto; ella se esforzó por convencerse de que los siete meses pasarían pronto, y por pensar en la dicha que tendría al volver a encontrarse con su familia y en su aldea, ya que el tío Maurice y Germain se habían puesto de acuerdo en prometerle tomarla a su servicio. Pero cuando empezaba a animarse y a bromear con el pequeño Pierre, a Germain se le ocurrió la desdichada idea de hacerle mirar, por la ventana de la taberna, la hermosa vista del valle que se divisa entero desde aquella altura, y que es tan risueño, tan verde y tan fértil. Marie miró y preguntó si desde allí se veían las casas de Belair.

—Sin duda —dijo Germain—, y la granja, y hasta tu casa. Mira, aquel puntito gris, no lejos del gran álamo de Godard, más abajo del campanario.

—Ah, la veo —dijo la pequeña; y dicho esto se echó de nuevo a llorar.

—He hecho mal en hacerte pensar en eso —dijo Germain—, ¡hoy no hago más que tonterías! Vamos, Marie, partamos, hija mía; los días son cor-

tos, y dentro de una hora, cuando salga la luna, no hará calor.

Se pusieron de nuevo en camino, atravesaron el gran *brezal*, y como, para no fatigar a la muchacha y al niño con un trote demasiado vivo, Germain no podía hacer andar deprisa a la Grise, el sol ya se había puesto cuando dejaron la carretera para internarse en el bosque.

Germain conocía el camino hasta el Magnier; pero pensó que tendría un atajo si no tomaba la avenida de Chanteloube, sino que bajaba por Presles y la Sépulture, dirección que no solía tomar cuando iba a la feria. Se equivocó y perdió todavía algo de tiempo antes de entrar en el bosque; y aun así no entró por el lado bueno, sin darse cuenta, de modo que dio la espalda a Fourche y se fue mucho más arriba, hacia el lado de Ardentes.

Lo que entonces le impedía orientarse era una niebla que se alzaba con la noche, una de esas nieblas de los atardeceres de otoño, que la blancura del claro de luna vuelve todavía más vagas y más engañosas. Los grandes charcos de agua de que están sembrados los claros exhalaban vapores tan espesos que, cuando la Grise los atravesaba, no se advertía sino por el chapoteo de sus patas y por el trabajo que le costaba sacarlas del fango.

Cuando por fin encontraron una hermosa alameda bien recta, y al llegar al final Germain trató de ver dónde se encontraba, comprendió que se había perdido; pues el tío Maurice, al explicarle el camino, le había dicho que a la salida del bosque tendría que bajar un trecho de cuesta muy empinada, atravesar una inmensa pradera y vadear dos veces el río. Incluso le había recomendado que entrara en aquel río con precaución, porque al comienzo de la estación había habido grandes lluvias y el agua podía estar algo crecida. Al no ver ni bajada, ni pradera, ni río, sino el páramo liso y blanco como un manto de nieve, Germain se detuvo, buscó una casa, esperó a algún transeúnte, y no encontró nada que pudiera informarle. Entonces volvió sobre sus pasos y regresó al bosque. Pero la niebla se espesó todavía más, la luna quedó del todo velada, los caminos eran horribles, los barrizales profundos. Por dos veces estuvo la Grise a punto de caer; cargada como iba, perdía ánimo, y, si conservaba bastante discernimiento para no chocar contra los árboles, no podía impedir que quienes la montaban tropezasen con gruesas ramas que atravesaban el camino a la altura de sus cabezas y los ponían en gran peligro. Germain perdió el sombrero en uno de estos encontronazos y le costó mucho trabajo recuperarlo. Petit-Pierre se había dormido, y, deján-

dose ir como un saco, estorbaba tanto los brazos de su padre, que este ya no podía ni sostenerlo ni dirigir al caballo.

—Creo que estamos hechizados —dijo Germain, deteniéndose—, porque este bosque no es tan grande como para perderse en él, a no ser estando borracho, y hace lo menos dos horas que damos vueltas sin poder salir. La Grise no tiene más que una idea en la cabeza, y es volverse a casa, y es ella la que me hace equivocarme. Si quisiéramos volver a nuestra casa, no tendríamos más que dejarla hacer. Pero cuando quizá estamos a dos pasos del sitio donde debemos dormir, habría que estar loco para renunciar a ello y volver a empezar un camino tan largo. Sin embargo, ya no sé qué hacer. No veo ni cielo ni tierra, y temo que este niño coja fiebre si seguimos en esta maldita niebla, o que quede aplastado bajo nuestro peso si el caballo llega a caerse hacia delante.

—No debemos obstinarnos más —dijo la pequeña Marie—. Bajemos, Germain; deme al niño, yo lo llevaré muy bien, e impediré mejor que usted que la capa, al moverse, lo deje al descubierto. Usted llevará la yegua de la brida, y quizá veamos más claro cuando estemos más cerca del suelo.

Este recurso solo sirvió para preservarles de una caída del caballo, pues la niebla reptaba y parecía pegarse a la tierra húmeda. La marcha era penosa, y pronto quedaron tan agotados que se detuvieron al encontrar por fin un lugar seco bajo unos grandes robles. La pequeña Marie estaba empapada en sudor, pero no se quejaba ni se inquietaba por nada. Ocupada solo del niño, se sentó en la arena y lo acostó en su regazo, mientras Germain exploraba los alrededores, después de haber pasado las riendas de la Grise por una rama de árbol.

Pero la Grise, que estaba muy harta de aquel viaje, dio un movimiento de riñones, se soltó de las riendas, rompió las cinchas, y, lanzando, como por cumplir, media docena de coces más altas que su cabeza, partió a través de la maleza, mostrando bien a las claras que no necesitaba de nadie para encontrar su camino.

—Bueno —dijo Germain, después de haber intentado en vano alcanzarla—, ya estamos a pie, y de nada nos serviría encontrarnos en el buen camino, pues tendríamos que cruzar el río a pie; y a juzgar por lo llenos de agua que están estos caminos, podemos estar seguros de que la pradera está bajo el río. No conocemos los demás pasos. Tenemos, pues, que esperar a que se

disipe esta niebla; no puede durar más de una hora o dos. Cuando veamos claro, buscaremos una casa, la primera que encontremos en la linde del bosque; pero por ahora no podemos salir de aquí: hay ahí delante un foso, un estanque, no sé qué; y detrás, tampoco sabría decir qué hay, porque ya no comprendo por qué lado hemos llegado.

CAPÍTULO VIII. BAJO LOS GRANDES ROBLES

—Pues bien, tengamos paciencia, Germain —dijo la pequeña Marie—. No estamos mal en esta pequeña altura. La lluvia no atraviesa el follaje de estos gruesos robles, y podemos encender fuego, pues noto viejos tocones que apenas se sostienen y que están lo bastante secos para arder. ¿Tiene usted lumbre, Germain? Hace un momento fumaba su pipa.

—¡Tenía! Mi eslabón estaba sobre la albarda, en mi zurrón, con la caza que llevaba a mi futura; pero la maldita yegua se lo ha llevado todo, hasta mi capote, que va a perder y a desgarrar en todas las ramas.

—No, Germain; la albarda, el capote, el zurrón, todo está ahí, en el suelo, a sus pies. La Grise rompió las cinchas y lo tiró todo a su lado al partir.

—¡Es verdad, vive Dios! —dijo el labrador—; y si logramos encontrar a tientas un poco de leña seca, conseguiremos secarnos y calentarnos.

—No es difícil —dijo la pequeña Marie—, la leña seca cruje por todas partes bajo los pies; pero déme antes aquí la albarda.

—¿Qué quieres hacer con ella?

—Una cama para el pequeño: no, así no, del revés; así no rodará hacia el borde, y todavía está caliente del lomo del animal. ¡Cálemela por cada lado con esas piedras que ve usted ahí!

—¡Yo no las veo! ¿Tienes acaso ojos de gata?

—¡Tenga! Ya está hecho, Germain. Déme su capote, para envolverle los piecitos, y mi capa por encima del cuerpo. ¡Vea si no está tan bien acostado ahí como en su propia cama! ¡Y tóquelo, qué caliente está!

—¡Es verdad! Tú entiendes de cuidar niños, Marie.

—No tiene mucho misterio. Ahora busque su eslabón en el zurrón, que yo voy a preparar la leña.

—Esta leña no prenderá nunca, está demasiado húmeda.

—¿Usted duda de todo, Germain! ¿Es que no se acuerda de haber sido pastorcillo y de haber hecho grandes fuegos en el campo, en pleno aguacero?

—Sí, ese es el talento de los niños que guardan el ganado; pero yo he sido boyero desde que supe andar.

—Por eso es usted más fuerte de brazos que hábil de manos. Ya está levantada esta hoguera, ¡va usted a ver si no arde! Déme la lumbre y un puñado de helecho seco. ¡Bien! Ahora sople; ¿no será usted tísico?

—No que yo sepa —dijo Germain, soplando como un fuelle de fragua. Al cabo de un instante brilló la llama, arrojó primero una luz roja, y acabó por elevarse en lenguas azuladas bajo el follaje de los robles, luchando contra la bruma y secando poco a poco la atmósfera en varios metros a la redonda.

—Ahora voy a sentarme junto al pequeño, para que no le caigan chispas encima —dijo la muchacha—. Usted, ponga leña y avive el fuego, Germain; aquí no cogeremos ni fiebre ni resfriado, se lo aseguro.

—A fe mía que eres una muchacha de talento —dijo Germain—, y sabes hacer fuego como una brujita de la noche. Me siento todo reanimado, y el ánimo me vuelve; porque con las piernas mojadas hasta las rodillas, y la idea de quedarme así hasta que amaneciera, estaba yo de muy mal humor hace un momento.

—Y cuando se está de mal humor, no se le ocurre a uno nada —replicó la pequeña Marie.

—¿Y tú no estás nunca de mal humor?

—¡Pues no, nunca! ¿Para qué?

—Oh, ciertamente no sirve de nada; ¡pero cómo evitarlo cuando se tienen disgustos! Dios sabe que a ti no te han faltado, pobre pequeña, pues no siempre has sido feliz.

—Es verdad, hemos sufrido, mi pobre madre y yo. Teníamos pena, pero nunca perdíamos el ánimo.

—Yo no perdería el ánimo por ningún trabajo que fuese —dijo Germain—; pero la miseria me haría desdichado, porque nunca me ha faltado nada. Mi mujer me había hecho rico, y todavía lo soy; lo seré mientras trabaje en la granja, y espero que será siempre; pero cada cual ha de tener su pena. Yo he sufrido de otra manera.

—Sí, usted ha perdido a su mujer, y es una gran lástima.

—¿Verdad que sí?

—Oh, la he llorado mucho, se lo aseguro, Germain, porque era tan buena. Mire, no hablemos más de ello, porque todavía la lloraría; hoy me están volviendo todas mis penas.

—Es verdad que te tenía mucho cariño, pequeña Marie; os tenía en gran estima, a ti y a tu madre. ¡Vamos! ¿Lloras? Vaya, hija mía, yo no quiero llorar...

—Sin embargo, usted llora, Germain, usted también llora. ¿Qué vergüenza hay para un hombre en llorar a su mujer? No se contenga, vamos; yo comparto de buena gana esa pena con usted.

—Tienes buen corazón, Marie, y me hace bien llorar contigo. Pero acerca los pies al fuego; tienes también las faldas todas mojadas, pobre muchacha. Toma, voy a ocupar tu sitio junto al pequeño, caliéntate mejor que eso.

—Ya tengo bastante calor —dijo Marie—; y si quiere sentarse, coja una punta del capote, que yo estoy muy bien.

—Lo cierto es que no se está mal aquí —dijo Germain, sentándose muy cerca de ella—. Solo el hambre me atormenta un poco. Ya deben de ser las nueve de la noche, y me ha costado tanto trabajo andar por esos malos caminos que me siento todo debilitado. ¿No tienes tú también hambre, Marie?

—¿Yo? En absoluto. No estoy acostumbrada, como usted, a hacer cuatro comidas, y me he acostado tantas veces sin cenar, que una vez más apenas me sorprende.

—Pues bien, una mujer como tú es cómoda; no da gasto —dijo Germain sonriendo.

— Yo no soy una mujer —dijo Marie ingenuamente, sin advertir el giro que tomaban las ideas del labrador—. ¿Está usted soñando?

— Sí, creo que sueño —respondió Germain—; ¡quizá sea el hambre lo que me hace desvariar!

— ¡Qué goloso es usted! —replicó ella, animándose también un poco a su vez—; pues bien, si no puede usted vivir cinco o seis horas sin comer, ¿no tiene ahí caza en su zurrón, y lumbre para cocinarla?

— ¡Diantre, buena idea! ¿Pero y el regalo para mi futuro suegro?

— Tiene usted seis perdices y una liebre. Supongo que no hará falta todo eso para saciarle.

— Pero cocinar eso aquí, sin espetón y sin morillos, ¿se volverá carbón!

— No, no —dijo la pequeña Marie—; yo me encargo de cocérselo bajo la ceniza, sin sabor a humo. ¿Nunca ha cazado usted alondras en el campo, ni las ha asado entre dos piedras? ¡Ah, es verdad, se me olvida que usted no ha sido pastor! Vamos, desplume esa perdiz. ¡No con tanta fuerza, que le arranque la piel!

— ¡Bien podrías desplumar la otra para enseñarme!

— ¿Así que quiere comerse dos? ¡Qué ogro! Vamos, ya están desplumadas, voy a cocerlas.

— Serías una cantinera perfecta, pequeña Marie; pero, por desgracia, no tienes cantina, y me veré reducido a beber el agua de esta charca.

— Querría usted vino, ¿verdad? ¿Y quizá también le hará falta café? ¡Se cree usted en la feria, bajo la enramada! ¡Llame al posadero: licor para el fino labrador de Belair!

— ¡Ah, pícara, se burla usted de mí! ¿Es que usted no bebería vino si lo tuviera?

— ¿Yo? Esta noche he bebido con usted en casa de la Rebec, por segunda vez en mi vida; pero si se porta usted bien, voy a darle una botella casi llena, ¡y del bueno todavía!

— ¿Cómo, Marie, así que eres bruja de veras?

—¿Acaso no cometió usted la locura de pedirle dos botellas de vino a la Rebec? Se bebió una con su pequeño, y yo apenas tragué tres gotas de la que había puesto delante de mí. Sin embargo, las pagó usted las dos sin mirar.

—¿Y bien?

—Pues bien, puse en mi cesta la que no se había bebido, porque pensé que usted o su pequeño tendrían sed por el camino; y aquí está.

—Eres la muchacha más avisada que he conocido jamás. ¡Vean! Lloraba, sin embargo, la pobre criatura, al salir de la posada; eso no le impidió pensar en los demás más que en sí misma. Pequeña Marie, el hombre que se case contigo no será ningún tonto.

—Eso espero, porque no me gustaría un tonto. Vamos, coma sus perdices, están en su punto; y, a falta de pan, se contentará usted con castañas.

—¿Y de dónde diablos has sacado tú también castañas?

—No es tan sorprendente; a lo largo de todo el camino las he ido cogiendo de las ramas al pasar, y me he llenado los bolsillos.

—¿Y también están cocidas?

—¿En qué habría estado yo pensando si no las hubiera puesto en el fuego en cuanto estuvo encendido? Eso se hace siempre en el campo.

—Vaya, pequeña Marie, vamos a cenar juntos. Quiero beber a tu salud y desearte un buen marido... así, tal como tú misma lo desearías. ¡Dime un poco eso!

—Me vería en un gran apuro, Germain, porque todavía no he pensado en ello.

—¿Cómo, en absoluto? ¿Nunca? —dijo Germain, empezando a comer con apetito de labrador, pero cortando los mejores trozos para ofrecérselos a su compañera, que se negó obstinadamente y se contentó con unas castañas —. Dime, pues, pequeña Marie —prosiguió, viendo que ella no pensaba responderle—, ¿todavía no has tenido la idea del matrimonio? Sin embargo, ya tienes edad.

—Quizá —dijo ella—; pero soy demasiado pobre. Hacen falta al menos cien escudos para poner casa, y tengo que trabajar cinco o seis años para

juntarlos.

—¡Pobre muchacha! Ojalá el tío Maurice quisiera darme cien escudos para regalártelos.

—Muchas gracias, Germain. Pero, ¿qué dirían de mí?

—¿Qué quieres que digan? Bien se sabe que soy viejo y que no puedo casarme contigo. Entonces nadie supondría que yo... que tú...

—¡Diga, labrador! Ahí tiene a su hijo que se despierta —dijo la pequeña Marie.

CAPÍTULO IX. LA ORACIÓN DE LA TARDE

Petit-Pierre se había incorporado y miraba a su alrededor con aire pensativo.

— ¡Ah, este no hace nunca otra cosa cuando oye comer! —dijo Germain—: el estruendo de un cañón no lo despertaría; pero en cuanto se mueven las mandíbulas cerca de él, abre los ojos enseguida.

—Debió de ser usted así a su edad —dijo la pequeña Marie con una sonrisa maliciosa—. Vamos, Pierre mío, ¿buscas el dosel de tu cama? Esta noche está hecho de follaje, niño mío; pero tu padre no por eso deja de cenar. ¿Quieres cenar con él? No me he comido tu parte; me figuraba bien que la reclamarías.

—Marie, quiero que comas —exclamó el labrador—, yo no comeré más. Soy un voraz, un grosero; tú te privas por nosotros, no es justo, me da vergüenza. Vaya, esto me quita el hambre; no quiero que mi hijo cene, si tú no cenas.

—Déjenos en paz —respondió la pequeña Marie—, usted no tiene la llave de nuestros apetitos. El mío está cerrado hoy, pero el de su Pierre está abierto como el de un lobeño. Mire, vea cómo se aplica. ¡Oh, este también será un buen labrador!

En efecto, Petit-Pierre mostró bien pronto de quién era hijo, y apenas despierto, sin comprender ni dónde estaba ni cómo había llegado allí, se puso a devorar. Luego, cuando ya no tuvo hambre, hallándose excitado como suele ocurrirles a los niños que rompen sus costumbres, tuvo más agudeza, más curiosidad y más razonamiento que de ordinario. Se hizo ex-

plicar dónde estaba, y cuando supo que era en medio de un bosque, sintió algo de miedo.

—¿Hay animales malos en este bosque? —preguntó a su padre.

—No —dijo el padre—, no los hay. No temas nada.

—¿Entonces mentiste cuando me dijiste que si iba contigo a los grandes bosques los lobos me llevarían?

—¿Ve usted a este razonador? —dijo Germain, embarazado.

—Tiene razón —replicó la pequeña Marie—, usted se lo dijo; tiene buena memoria, se acuerda. Pero has de saber, Pierre mío, que tu padre no miente nunca. Hemos pasado los grandes bosques mientras dormías, y ahora estamos en los bosques pequeños, donde no hay animales malos.

—¿Están los bosques pequeños muy lejos de los grandes?

—Bastante lejos; además, los lobos no salen de los grandes bosques. Y luego, si viniera alguno aquí, tu padre lo mataría.

—¿Y tú también, Marie?

—Y nosotros también, porque tú nos ayudarías bien, Pierre mío, ¿verdad? Tú no tienes miedo, ¿verdad? ¡Les darías bien fuerte!

—Sí, sí —dijo el niño, envanecido, adoptando una pose heroica—, ¡los mataríamos!

—No hay nadie como tú para hablar con los niños —dijo Germain a la pequeña Marie— y para hacerles entrar en razón. Es verdad que no hace mucho que tú misma eras una niña pequeña, y te acuerdas de lo que te decía tu madre. Creo que cuanto más joven se es, mejor se entiende uno con los que también lo son. Mucho me temo que una mujer de treinta años, que todavía no sabe lo que es ser madre, aprenda con dificultad a parlotear y a razonar con los chiquillos.

—¿Y por qué no, Germain? No sé por qué tiene usted una mala idea respecto a esa mujer; ya cambiará usted de parecer.

—¡Al diablo con esa mujer! —dijo Germain—. Ojalá hubiera ya vuelto de eso para no tener que ir más. ¿Qué necesidad tengo de una mujer a la que no conozco?

—Padrecito mío —dijo el niño—, ¿por qué hablas siempre hoy de tu mujer, si está muerta?...

—¡Ay! ¿Así que no la has olvidado, tú, a tu pobre y querida madre?

—No, porque la vi meter en una hermosa caja de madera blanca, y mi abuela me llevó junto a ella para que la besara y le dijera adiós... Estaba toda blanca y toda fría, y todas las noches mi tía me hace rezar al buen Dios para que ella vaya a calentarse con él en el cielo. ¿Crees que ya está allí?

—Eso espero, hijo mío; pero hay que rezar siempre, así tu madre ve que la quieres.

—Voy a decir mi oración —prosiguió el niño—; no he pensado en decirla esta noche. Pero no puedo decirla yo solo; siempre me olvido de un poco. Hace falta que la pequeña Marie me ayude.

—Sí, Pierre mío, voy a ayudarte —dijo la muchacha—. Ven aquí, ponte de rodillas sobre mí.

El niño se arrodilló sobre la falda de la muchacha, juntó sus manecitas, y se puso a recitar su oración, primero con atención y fervor, pues sabía muy bien el principio; luego con más lentitud y vacilación, y por fin repitiendo palabra por palabra lo que le dictaba la pequeña Marie, cuando llegó a aquel punto de su plegaria en el que, vencíéndole el sueño todas las noches, nunca había logrado aprenderla hasta el final. Esta vez también, el esfuerzo de la atención y la monotonía de su propio acento produjeron su efecto acostumbrado: ya no pronunció sino con esfuerzo las últimas sílabas, y aun así después de que se las hicieran repetir tres veces; su cabeza se hizo pesada y se inclinó sobre el pecho de Marie; sus manos se distendieron, se separaron y volvieron a caer abiertas sobre sus rodillas. A la luz del fuego del vivac, Germain miró a su angelito adormecido sobre el corazón de la muchacha, que, sosteniéndolo en sus brazos y calentando sus cabellos rubios con su puro aliento, se había dejado llevar también a una ensoñación piadosa, y rezaba mentalmente por el alma de Catherine.

Germain se enterneció, buscó qué podría decirle a la pequeña Marie para expresarle la estima y el agradecimiento que ella le inspiraba, pero no encontró nada que pudiera traducir su pensamiento. Se acercó a ella para besar a su hijo, a quien ella tenía siempre apretado contra su pecho, y le costó trabajo despegar los labios de la frente de Petit-Pierre.

—Lo besa usted demasiado fuerte —le dijo Marie, apartando suavemente la cabeza del labrador—, va usted a despertarlo. Déjeme acostarlo de nuevo, ya que ha vuelto a partir hacia los sueños del paraíso.

El niño se dejó acostar, pero al tenderse sobre la piel de cabra de la albarda, preguntó si estaba sobre la Grise. Luego, abriendo sus grandes ojos azules y manteniéndolos fijos hacia las ramas durante un minuto, pareció soñar aun despierto, o verse asaltado por una idea que se le había deslizado en el espíritu durante el día, y que se le formulaba ahora, al acercarse el sueño. —Padrecito mío —dijo—, si quieres darme otra madre, quiero que sea la pequeña Marie. Y, sin esperar respuesta, cerró los ojos y se durmió.

CAPÍTULO X. A PESAR DEL FRÍO

La pequeña Marie no pareció prestar a las extrañas palabras del niño más atención que la de tomarlas por una muestra de cariño; lo arropó con cuidado, avivó el fuego, y, como la niebla dormida sobre la charca vecina no parecía dispuesta a despejarse, aconsejó a Germain que se acomodara junto al fuego para echar un sueño.

— Ya veo que le está entrando el sueño —le dijo—, pues ya no dice usted palabra, y mira las brasas igual que hacía su pequeño hace un rato. Vamos, duerma, que yo velaré al niño y a usted.

— Serás tú quien duerma —respondió el labrador—, y yo os guardaré a los dos, pues nunca he tenido menos ganas de dormir; tengo cincuenta ideas en la cabeza.

— Cincuenta es mucho —dijo la muchacha con una intención algo burlesca—; ¡hay tanta gente que sería feliz con tener una sola!

— Pues bien, si no soy capaz de tener cincuenta, al menos tengo una que no me suelta desde hace una hora.

— Y yo se la voy a decir, lo mismo que las que tenía antes.

— Pues bien, sí, dila si la adivinas, Marie; dímela tú misma, que me dará gusto.

— Hace una hora —prosiguió ella— tenía usted la idea de comer... y ahora tiene la idea de dormir.

— Marie, no soy más que un boyero, pero de verdad me tomas por un buey. Eres una muchacha traviesa, y bien veo que no quieres charlar conmi-

go. Duerme, pues, que será mejor que criticar a un hombre que no está para bromas.

—Si quiere charlar, charlemos —dijo la muchacha, tendiéndose a medias junto al niño y apoyando la cabeza contra la albarda—. Se está usted atormentando, Germain, y en eso no muestra mucho valor para ser un hombre. ¿Qué no diría yo, si no me defendiera lo mejor que puedo contra mi propia pena?

—Sí, sin duda, y es justamente eso lo que me preocupa, pobre niña mía. Vas a vivir lejos de tus padres y en una tierra fea de landas y de marjales, donde cogerás las fiebres del otoño, donde el ganado lanar no medra, lo que siempre apena a una pastora de buena voluntad; en fin, estarás en medio de extraños que quizá no sean buenos contigo, que no comprenderán lo que vales. Mira, eso me da más pena de la que puedo decirte, y tengo ganas de llevarte de vuelta a casa de tu madre en lugar de ir a Fourche.

—Habla usted con mucha bondad, pero sin razón, mi pobre Germain; no hay que ser cobarde por los amigos, y en lugar de mostrarme el mal lado de mi suerte, debería mostrarme el bueno, como hacía cuando merendamos en casa de la Rebec.

—¡Qué quieres! En aquel momento me parecía así, y ahora me parece de otro modo. Harías mejor en buscarte un marido.

—Eso no puede ser, Germain, ya se lo he dicho; y como no puede ser, no pienso en ello.

—Pero, en fin, ¿y si se encontrara? Quizá si quisieras decirme cómo desearías que fuese, yo lograría imaginarme a alguien.

—Imaginar no es encontrar. Yo no imagino nada, puesto que es inútil.

—¿No se te ocurriría buscar uno rico?

—No, desde luego, puesto que soy pobre como Job.

—Pero si estuviera acomodado, ¿no te daría pena estar bien alojada, bien alimentada, bien vestida y en una familia de buena gente que te permitiera ayudar a tu madre?

—¡Oh, eso sí! Ayudar a mi madre es todo mi deseo.

— Y si se diera el caso, aunque el hombre no fuera de primera juventud, ¿no te pondrías demasiado exigente?

— ¡Ah, perdóneme, Germain! Es precisamente en eso en lo que insistiría. ¡No me gustaría un viejo!

— Un viejo, sin duda; pero, por ejemplo, ¿un hombre de mi edad?

— Su edad es vieja para mí, Germain; me gustaría la edad de Bastien, aunque Bastien no sea tan buen mozo como usted.

— ¿Preferirías a Bastien el porquero? — dijo Germain con mal humor — . ¿Un mozo que tiene los ojos como las bestias que guía?

— Pasaría por alto sus ojos, a causa de sus dieciocho años.

Germain se sintió horriblemente celoso.

— Vamos — dijo — , ya veo que te has encaprichado de Bastien. ¡Menuda idea, la verdad!

— Sí, sería una idea curiosa — respondió la pequeña Marie riendo a carcajadas — , y de él saldría un marido curioso. Se le haría creer cualquier cosa que se quisiera. Por ejemplo, el otro día había cogido un tomate en el huerto del señor cura; le dije que era una hermosa manzana roja, y le hincó el diente como un glotón. ¡Si hubiera visto usted qué mueca puso! ¡Dios mío, qué feo estaba!

— ¿Entonces no lo quieres, ya que te burlas de él?

— Eso no sería razón. Pero no lo quiero: es brusco con su hermanita, y es desaseado.

— Bueno, ¿no te sientes inclinada por algún otro?

— ¿Y a usted qué le importa, Germain?

— A mí no me importa nada, es por decir algo. Ya veo, muchacha, que ya tienes un galán en la cabeza.

— No, Germain, se equivoca usted, todavía no lo tengo; eso podrá venir más tarde: pero como no me casaré hasta que haya reunido un poco, estoy destinada a casarme tarde y con un viejo.

— Pues bien, toma uno viejo ahora mismo.

—¡Eso no! Cuando ya no sea joven, me dará igual; ahora sería distinto.

—Bien veo, Marie, que te desagrado: está bastante claro —dijo Germain con despecho, y sin medir sus palabras.

La pequeña Marie no respondió. Germain se inclinó hacia ella: dormía; había caído vencida y como fulminada por el sueño, como hacen los niños que ya duermen mientras aún parlotean.

Germain se alegró de que ella no hubiera prestado atención a sus últimas palabras; reconoció que no habían sido sensatas, y le dio la espalda para distraerse y cambiar de pensamiento.

Pero por mucho que hizo, no pudo dormirse, ni pensar en otra cosa que en lo que acababa de decir. Dio veinte vueltas alrededor del fuego, se alejó, volvió; por fin, sintiéndose tan agitado como si hubiera tragado pólvora de cañón, se apoyó contra el árbol que cobijaba a los dos niños y los miró dormir.

—No sé cómo no me había fijado nunca, pensaba, en que esta pequeña Marie es la muchacha más bonita del país... No tiene mucho color, pero tiene una carita fresca como una rosa silvestre. ¡Qué boquita tan graciosa y qué naricilla tan mona!... No es alta para su edad, pero está hecha como una codorniz pequeña y es ligera como un pinzón... No sé por qué entre nosotros se hace tanto caso de una mujer grande y rolliza y bien colorada... La mía era más bien delgada y pálida, y eso era lo que más me gustaba de ella... Esta es toda delicada, pero no por eso está peor, y es bonita de ver como un cabritillo blanco... ¡Y además, qué aire tan dulce y honesto! ¡Cómo se le lee el buen corazón en los ojos, incluso cuando los tiene cerrados para dormir!... En cuanto a talento, tiene más del que tenía mi querida Catherine, hay que reconocerlo, y con ella uno no se aburriría... Es alegre, es sensata, es trabajadora, es cariñosa, y es graciosa. No veo qué se podría desear mejor...

Pero ¿a qué viene que me ocupe yo de todo esto? —proseguía Germain, tratando de mirar hacia otro lado—. Mi suegro no querría ni oír hablar de ello, ¡y toda la familia me tendría por loco!... Además, ella misma no me querría a mí, ¡pobre niña!... Me encuentra demasiado viejo: me lo ha dicho... No es interesada, le importa poco tener todavía miseria y penas, llevar pobres vestidos, y padecer hambre dos o tres meses al año, con tal de

contentar su corazón algún día, y poder entregarse a un marido que le guste... ¡Tiene razón ella! Yo haría lo mismo en su lugar... y desde ahora mismo, si pudiera seguir mi voluntad, en lugar de embarcarme en un matrimonio que no me sonríe, elegiría una muchacha a mi gusto...

Cuanto más trataba Germain de razonar y de calmarse, menos lo lograba. Se iba a veinte pasos de allí, a perderse en la niebla; y luego, de repente, se encontraba de rodillas junto a los dos niños dormidos. Una vez incluso quiso besar a Petit-Pierre, que tenía un brazo pasado alrededor del cuello de Marie, y se equivocó tan bien que Marie, sintiendo un aliento cálido como el fuego correr sobre sus labios, se despertó y lo miró con aire asustado, sin comprender en absoluto lo que pasaba en él.

—¡No os veía, pobres niños! —dijo Germain, retirándose muy deprisa—. He estado a punto de caer sobre vosotros y haceros daño.

La pequeña Marie tuvo la candidez de creerlo, y volvió a dormirse. Germain pasó al otro lado del fuego, y juró a Dios que no se movería de allí hasta que ella se despertara. Cumplió su palabra, pero no sin esfuerzo. Creyó que se volvería loco.

Por fin, hacia medianoche, la niebla se disipó, y Germain pudo ver brillar las estrellas a través de los árboles. La luna también se libró de los vapores que la cubrían y empezó a sembrar diamantes sobre el musgo húmedo. El tronco de los robles quedaba en una oscuridad majestuosa; pero, un poco más allá, los troncos blancos de los abedules parecían una hilera de fantasmas con sus sudarios. El fuego se reflejaba en la charca; y las ranas, empezando a acostumbrarse a él, se atrevían a soltar algunas notas tenues y tímidas; las ramas angulosas de los viejos árboles, erizadas de pálidos líquenes, se extendían y se entrecruzaban como grandes brazos descarnados sobre la cabeza de nuestros viajeros; era un bello paraje, pero tan desierto y tan triste, que Germain, cansado de sufrir en él, se puso a cantar y a tirar piedras al agua para distraerse del espantoso tedio de la soledad. Deseaba también despertar a la pequeña Marie; y cuando vio que ella se incorporaba y miraba el tiempo que hacía, le propuso ponerse de nuevo en camino.

—Dentro de dos horas —le dijo—, la proximidad del día hará el aire tan frío, que ya no podremos resistirlo, pese a nuestro fuego... Ahora se ve para andar, y bien encontraremos alguna casa que nos abra, o al menos algún granero donde podamos pasar bajo techo el resto de la noche.

Marie no tenía voluntad propia; y, aunque todavía tenía grandes ganas de dormir, se dispuso a seguir a Germain.

Este tomó a su hijo en brazos sin despertarlo, y quiso que Marie se le acercara para resguardarse en su capa, ya que ella no quería recuperar la suya, enrollada alrededor del pequeño Pierre.

Cuando sintió a la joven tan cerca de él, Germain, que se había distraído y animado un instante, volvió a perder la cabeza. Dos o tres veces se alejó bruscamente, y la dejó caminar sola. Luego, al ver que le costaba seguirlo, la esperaba, la atraía vivamente hacia sí, y la apretaba tan fuerte, que ella se quedaba asombrada e incluso enojada sin atreverse a decirlo.

Como no sabían en absoluto de qué dirección habían partido, tampoco sabían cuál seguían; de modo que atravesaron una vez más todo el bosque, se encontraron de nuevo frente al páramo desierto, desanduvieron sus pasos, y, tras dar vueltas y caminar largo rato, divisaron una claridad a través de las ramas.

—¡Bien! Aquí hay una casa —dijo Germain—, y gente ya despierta, puesto que el fuego está encendido. ¿Será, pues, ya muy tarde?

Pero no era una casa: era el fuego del vivac que habían cubierto al partir, y que se había reavivado con la brisa...

Habían caminado durante dos horas para encontrarse de nuevo en el punto de partida.

CAPÍTULO XI. AL RASO

— ¡Esta vez me doy por vencido! —dijo Germain dando una patada en el suelo—. Nos han echado un maleficio, seguro, y no saldremos de aquí hasta que sea pleno día. Este lugar tiene que estar endemoniado.

— Vamos, vamos, no nos enfademos —dijo Marie—, y resignémonos. Haremos un fuego más grande, el niño está tan bien arropado que no corre ningún riesgo, y por pasar una noche al raso no nos vamos a morir. ¿Dónde ha escondido usted la albarda, Germain? ¡En medio de los grandes acebos, atolondrado! ¡Qué cómodo para ir a recuperarla!

— Toma al niño, cógelo, que yo saco su lecho de la maleza; no quiero que te pinches las manos.

— Ya está hecho, aquí tiene el lecho, y unos pinchazos no son sablazos —repuso la valiente muchacha.

Procedió de nuevo a acostar al pequeño Pierre, que esta vez estaba tan profundamente dormido que no se dio cuenta en absoluto de aquel nuevo traslado. Germain echó tanta leña al fuego que todo el bosque resplandeció a su alrededor; pero la pequeña Marie ya no podía más, y aunque no se quejaba de nada, ya no se sostenía en pie. Estaba pálida y le castañeteaban los dientes de frío y de debilidad. Germain la tomó en sus brazos para calentarla; y la inquietud, la compasión, movimientos de ternura irresistible que se apoderaron de su corazón, hicieron callar a sus sentidos. Se le desató la lengua como por milagro, y, cesando todo pudor:

— Marie —le dijo—, tú me gustas, y soy bien desdichado por no gustarte a ti. Si quisieras aceptarme por marido, no habría ni suegro, ni parientes, ni vecinos, ni consejos que pudieran impedirme entregarme a ti. Sé que harías

felices a mis hijos, que les enseñarías a respetar el recuerdo de su madre, y, con la conciencia tranquila, podría satisfacer mi corazón. Siempre te he tenido cariño, y ahora me siento tan enamorado que si me pidieras cumplir toda mi vida tus mil voluntades, te lo juraría al instante. Mira, te lo ruego, cuánto te quiero, y trata de olvidar mi edad. Piensa que es una idea falsa la que uno se hace cuando cree que un hombre de treinta años es viejo. ¡Además, no tengo más que veintiocho años! Una muchacha teme que la critiquen si toma a un hombre que le lleva diez o doce años, porque no es la costumbre del país; pero he oído decir que en otras tierras no se reparaba en eso; que, al contrario, se prefería dar por sostén a una joven un hombre juicioso y de valor bien probado, antes que un mozo joven que puede echarse a perder, y de buen sujeto que se le creía, volverse un mal bribón. Además, los años no siempre hacen la edad. Eso depende de la fuerza y de la salud que uno tenga. Cuando un hombre está gastado por demasiado trabajo y miseria, o por mala vida, es viejo antes de los veinticinco años. En cambio yo... Pero no me escuchas, Marie.

—Sí que sí, Germain, le oigo bien —respondió la pequeña Marie—, pero pienso en lo que siempre me ha dicho mi madre: que una mujer de sesenta años da mucha lástima cuando su marido tiene setenta o setenta y cinco, y ya no puede trabajar para mantenerla. Se vuelve inválido, y ella tiene que cuidarlo justo en la edad en que empezaría ella misma a necesitar mucho descanso y cuidados. Así es como se acaba terminando en la miseria.

—Los padres tienen razón en decir eso, lo reconozco, Marie —prosiguió Germain—; pero al fin y al cabo sacrificarían todo el tiempo de la juventud, que es el mejor, para prever lo que será uno en la edad en que ya no se sirve para nada, y en que da igual acabar de una manera o de otra. Pero yo no corro el peligro de morirme de hambre en mis días de vejez. Estoy en condiciones de ahorrar algo, puesto que, viviendo con los padres de mi mujer, trabajo mucho y no gasto nada. Además, te querré tanto, ¿sabes?, que eso me impedirá envejecer. Se dice que cuando un hombre es feliz, se conserva, y bien siento que soy más joven que Bastien para quererte; porque él no te quiere, es demasiado necio, demasiado niño para comprender lo bonita y buena que eres, y hecha para ser pretendida. Vamos, Marie, no me detestes, no soy un mal hombre: hice feliz a mi Catherine, ella dijo delante de Dios en su lecho de muerte que nunca había tenido de mí sino satisfacción, y me recomendó que me volviera a casar. Parece que su espíritu haya hablado

esta noche a su hijo, en el momento en que se dormía. ¿No has oído lo que decía? ¡Y cómo temblaba su boquita, mientras sus ojos miraban hacia arriba algo que nosotros no podíamos ver! Veía a su madre, tenlo por seguro, y era ella quien le hacía decir que te quería a ti para reemplazarla.

—Germain —respondió Marie, toda asombrada y pensativa—, habla usted con honestidad y todo lo que dice es verdad. Estoy segura de que haría bien en quererlo, si eso no disgustara demasiado a sus padres: pero ¿qué quiere que le haga? El corazón no me dice nada por usted. Lo quiero bien, pero aunque su edad no lo afee, me da miedo. Me parece que usted es algo así para mí, como un tío o un padrino; que le debo respeto, y que habría momentos en que me trataría como a una niña más que como a su mujer y su igual. En fin, mis compañeras quizá se burlarían de mí, y aunque sea una tontería fijarse en eso, creo que estaría avergonzada y un poco triste el día de mi boda.

—Esas son razones de niña; ¡hablas igual que una niña, Marie!

—Pues bien, sí, soy una niña —dijo ella—, y es precisamente por eso por lo que temo a un hombre demasiado juicioso. Bien ve usted que soy demasiado joven para usted, ¡puesto que ya me reprocha hablar sin razón! No puedo tener más juicio del que mi edad permite.

—¡Ay, Dios mío, cuánto es de compadecer que sea yo tan torpe y que exprese tan mal lo que pienso! —exclamó Germain—. Marie, usted no me quiere, ese es el hecho; me encuentra usted demasiado simple y demasiado pesado. Si me quisiera usted un poco, no vería tan claramente mis defectos. ¡Pero usted no me quiere, eso es todo!

—Pues bien, no es culpa mía —respondió ella, algo dolida de que él ya no la tuteara—; hago todo lo posible al escucharlo, pero cuanto más lo intento, menos puedo meterme en la cabeza que debemos ser marido y mujer.

Germain no respondió. Puso la cabeza entre las manos, y le fue imposible a la pequeña Marie saber si lloraba, si estaba enfurruñado, o si se había dormido. Se inquietó un poco al verlo tan sombrío y no adivinar lo que le rondaba por la mente; pero no se atrevió a hablarle más, y como estaba demasiado sorprendida por lo que acababa de suceder como para tener ganas de dormirse de nuevo, esperó el día con impaciencia, cuidando siempre el fuego y velando al niño, del que Germain parecía ya no acordarse. Sin embar-

go, Germain no dormía; no reflexionaba sobre su suerte, y no hacía ni proyectos de valentía, ni planes de seducción. Sufría, tenía una montaña de pesar sobre el corazón. Habría querido estar muerto. Todo parecía tener que salirle mal, y si hubiera podido llorar no lo habría hecho a medias. Pero había un poco de rabia contra sí mismo, mezclada con su pena, y se ahogaba sin poder ni querer quejarse.

Cuando llegó el día y los rumores del campo se lo anunciaron a Germain, sacó el rostro de entre las manos y se levantó. Vio que la pequeña Marie tampoco había dormido, pero no supo qué decirle para mostrarle su solicitud. Estaba completamente desanimado. Volvió a esconder la albarda de la Grise entre los matorrales, se echó el saco al hombro, y, llevando a su hijo de la mano:

—Ahora, Marie —dijo—, vamos a intentar terminar nuestro viaje. ¿Quieres que te lleve a los Ormeaux?

—Saldremos del bosque juntos —le respondió ella—, y cuando sepamos dónde estamos, iremos cada uno por su lado.

Germain no respondió. Estaba dolido de que la joven no le pidiera que la llevara hasta los Ormeaux, y no se daba cuenta de que se lo había ofrecido con un tono que parecía provocar una negativa.

Un leñador con quien se cruzaron al cabo de doscientos pasos los puso en el buen camino, y les dijo que, tras pasar la gran pradera, no tenían más que tomar, uno todo recto, el otro a la izquierda, para llegar a sus respectivos destinos, que además estaban tan cerca el uno del otro que se veían con claridad las casas de Fourche desde la granja de los Ormeaux, y viceversa.

Luego, cuando le hubieron dado las gracias y hubieron dejado atrás al leñador, este los llamó de nuevo para preguntarles si no habían perdido un caballo.

—He encontrado —les dijo— una hermosa yegua gris en mi corral, adonde tal vez el lobo la haya obligado a buscar refugio. Mis perros *ladra-ron toda la noche*, y al rayar el día he visto a la bestia caballar bajo mi co-bertizo; todavía está allí. Vamos allá, y si la reconocen, llévensela.

Germain, tras haber dado de antemano las señas de la Grise y haberse convencido de que se trataba realmente de ella, se puso en camino para ir a recuperar su albarda. La pequeña Marie se ofreció entonces a llevar a su

hijo a los Ormeaux, adonde él iría a recogerlo cuando hubiera hecho su entrada en Fourche.

— Va un poco sucio después de la noche que hemos pasado —dijo ella—. Le limpiaré la ropa, le lavaré la carita, lo peinaré, y, cuando esté guapo y compuesto, podrá usted presentarlo a su nueva familia.

—¿Y quién te dice que quiera ir a Fourche? —respondió Germain con mal humor—. ¡Quizá no vaya!

—Sí que irá, Germain, debe usted ir, irá usted —repuso la joven.

—¿Tienes mucha prisa por que me case con otra, para estar segura de que ya no te molestaré más?

—Vamos, Germain, no piense más en eso: es una idea que le ha venido de noche, porque esta mala aventura le había trastornado un poco el ánimo. Pero ahora tiene que volverle la razón; le prometo olvidar lo que me ha dicho y no hablar de ello jamás a nadie.

—¡Bah! Habla de ello si quieres. No tengo costumbre de renegar de mis palabras. Lo que te he dicho era verdadero, honesto, y no me avergonzaré de ello ante nadie.

—Sí; pero si su mujer supiera que, en el momento de llegar, había pensado usted en otra, eso la predispondría mal hacia usted. Así que tenga cuidado con las palabras que diga ahora; no me mire así delante de la gente, con un aire tan raro. Piense en el padre Maurice, que cuenta con su obediencia, y que se enfadaría mucho conmigo si lo apartara a usted de cumplir su voluntad. Adiós, Germain; me llevo a Petit-Pierre para obligarlo a ir a Fourche. Es una prenda que le guardo.

—¿Así que quieres irte con ella? —dijo el labrador a su hijo, al ver que se aferraba a las manos de la pequeña Marie, y que la seguía resueltamente.

—Sí, padre —respondió el niño, que había escuchado y comprendido a su manera lo que se acababa de decir sin recelo delante de él—. Me voy con mi Marie bonita: vendrás a buscarme cuando hayas terminado de casarte; pero quiero que Marie siga siendo mi madrecita.

—¡Ya ves que él sí quiere! —dijo Germain a la joven—. Escucha, Petit-Pierre —añadió—, yo sí deseo que ella sea tu madre y que se quede siempre

contigo: es ella quien no quiere. Trata de que te conceda a ti lo que a mí me niega.

—Quédate tranquilo, padre, le haré decir que sí: la pequeña Marie siempre hace lo que yo quiero.

Se alejó con la joven. Germain se quedó solo, más triste, más irresoluto que nunca.

CAPÍTULO XII. LA LEONA DEL PUEBLO

Sin embargo, cuando hubo reparado el desorden que el viaje había causado en su ropa y en el aparejo de su caballo, cuando estuvo montado en la Grise y le hubieron indicado el camino de Fourche, pensó que ya no había forma de echarse atrás, y que era preciso olvidar aquella noche de agitaciones como un sueño peligroso.

Encontró al tío Léonard en el umbral de su casa blanca, sentado en un hermoso banco de madera pintado de verde espinaca. Había seis escalones de piedra dispuestos a modo de escalinata, lo que dejaba ver que la casa tenía bodega. La tapia del jardín y del cañamar estaba enlucida con cal y arena. Era una hermosa vivienda; poco faltaba para que se la tomara por una casa de burgueses.

El futuro suegro salió al encuentro de Germain, y después de preguntarle, durante cinco minutos, por todos los suyos, añadió la frase consagrada para preguntar cortésmente a quien uno se encuentra sobre el motivo de su viaje: *¿Así que ha venido usted a pasear por aquí?*

—He venido a verlo —respondió el labrador—, y a presentarle este pequeño regalo de caza de parte de mi suegro, diciéndole, también de su parte, que ya debe usted saber con qué intenciones vengo a su casa.

—¡Ah, ah! —dijo el tío Léonard, riendo y dándose palmadas en el abultado vientre—. ¡Ya veo, ya oigo, ya caigo! —Y, guiñando el ojo, añadió—: No será usted el único en presentar sus respetos, joven. Ya hay tres en casa esperando como usted. Yo no rechazo a nadie, y me vería en un buen aprieto para dar la razón o quitársela a alguno, pues todos son buenos partidos. Sin embargo, por consideración al padre Maurice y por la calidad de las tierras que cultiva usted, preferiría que fuese usted. Pero mi hija es mayor de

edad y dueña de su hacienda; así que obrará según su parecer. Entre, dese usted a conocer; ¡espero que le toque el buen número!

—Perdone, disculpe —respondió Germain, muy sorprendido de encontrarse de sobran­te allí donde había contado con estar solo—. No sabía que su hija ya estuviera provista de pretendientes, y no había venido a disputársela a los demás.

—Si ha creído usted que, por haber tardado en venir —respondió, sin perder su buen humor, el tío Léonard—, mi hija se encontraba desprevénida, se ha equivocado usted de medio a medio, muchacho. La Catherine tiene con qué atraer a los que quieran casarse con ella, y no tendrá más que la molestia de escoger. Pero entre a la casa, se lo digo, y no pierda el ánimo. Es una mujer que merece la pena ser disputada.

Y, empujando a Germain por los hombros con ruda alegría:

—¡Vamos, Catherine! —exclamó al entrar en la casa—, ¡aquí hay uno más!

Aquella manera jovial pero grosera de ser presentado a la viuda, en presencia de sus otros pretendientes, acabó de turbar y de contrariar al labrador. Se sintió torpe y permaneció unos instantes sin atreverse a alzar los ojos hacia la bella y hacia su corte.

La viuda Guérin era de buen tipo y no le faltaba lozanía. Pero tenía una expresión de rostro y un atavío que desagradaron a Germain desde el primer momento. Tenía un aire desenvuelto y satisfecho de sí misma, y sus cofias guarnecidas con tres hileras de encaje, su delantal de seda, y su pañoleta de blonda negra concordaban poco con la idea que él se había hecho de una viuda seria y formal.

Aquel esmero en el vestir y aquellos modales desenfadados hicieron que la encontrara vieja y fea, aunque no era ni lo uno ni lo otro. Pensó que un adorno tan bonito y unos modales tan alegres convendrían a la edad y al talante de la pequeña Marie, pero que aquella viuda tenía la broma pesada y atrevida, y que llevaba sin ninguna distinción sus bellas galas.

Los tres pretendientes estaban sentados a una mesa cargada de vinos y de carnes, que permanecían allí para ellos toda la mañana del domingo; pues al tío Léonard le gustaba hacer alarde de su riqueza, y a la viuda tampoco le disgustaba exhibir su hermosa vajilla, y poner mesa como una rentista. Ger-

main, con todo lo sencillo y confiado que era, observó las cosas con bastante perspicacia, y por primera vez en su vida se mantuvo a la defensiva al brindar. El tío Léonard lo había obligado a sentarse con sus rivales, y, sentándose él mismo frente a él, lo agasajaba lo mejor que podía y se ocupaba de él con predilección. El regalo de caza, pese a la mella que Germain le había hecho por su propia cuenta, era todavía lo bastante copioso como para causar efecto. La viuda pareció sensible a ello, y los pretendientes le echaron una mirada de desdén.

Germain se sentía incómodo en aquella compañía y no comía de buena gana. El tío Léonard le hizo burla por ello.

— Ahí lo tenemos bien triste —le dijo—, y le hace usted el desaire a su vaso. No hay que dejar que el amor le quite el apetito, pues un galán en ayunas no sabe encontrar palabras bonitas como el que se ha aclarado las ideas con una gotita de vino. Germain se sintió mortificado de que ya se lo supusiera enamorado, y el aire remilgado de la viuda, que bajó los ojos sonriendo, como persona segura de su triunfo, le dio ganas de protestar contra su pretendida derrota; pero temió parecer descortés, sonrió y tuvo paciencia.

Los galanes de la viuda le parecieron tres patanes. Debían de ser muy ricos para que ella admitiera sus pretensiones. Uno tenía más de cuarenta años y era casi tan gordo como el tío Léonard; otro era tuerto y bebía tanto que estaba embrutecido; el tercero era joven y bastante buen mozo, pero quería darse ínfulas de ingenioso y decía cosas tan sosas que daba lástima. Sin embargo, la viuda se reía como si admirara todas aquellas necedades, y, en eso, no daba muestra de buen gusto. Germain creyó al principio que estaba prendada de él; pero pronto advirtió que él mismo estaba siendo alentado de un modo particular, y que se deseaba que se explayara más. Esto fue razón para que se sintiera y se mostrara más frío y más serio.

Llegó la hora de la misa, y se levantaron de la mesa para acudir juntos. Había que ir hasta Mers, a una buena media legua de allí, y Germain estaba tan cansado que habría deseado mucho tener tiempo de echar una cabezada antes; pero no tenía costumbre de faltar a misa, y se puso en camino con los demás.

Los caminos estaban llenos de gente, y la viuda caminaba con aire ufano, escoltada por sus tres pretendientes, dando el brazo ora a uno, ora a otro, pavoneándose y con la cabeza bien alta. Habría deseado mucho lucir tam-

bién al cuarto ante los ojos de los transeúntes; pero a Germain le pareció tan ridículo dejarse llevar así en compañía por unas faldas, a la vista de todo el mundo, que se mantuvo a una distancia conveniente, conversando con el tío Léonard, y encontrando la manera de distraerlo y de tenerlo lo bastante ocupado para que no pareciera que formaban parte del grupo.

CAPÍTULO XIII. EL AMO

Cuando llegaron al pueblo, la viuda se detuvo para esperarlos. Quería a toda costa hacer su entrada con toda su compañía; pero Germain, negándole esa satisfacción, dejó al padre Léonard, abordó a varias personas conocidas, y entró en la iglesia por otra puerta. La viuda se sintió despechada.

Después de la misa, se mostró triunfante por todas partes en el prado donde se bailaba, y abrió el baile con sus tres pretendientes, sucesivamente. Germain la miraba, y le pareció que bailaba bien, pero con afectación.

— Vaya — le dijo Léonard dándole una palmada en el hombro —, ¿así que no hace usted bailar a mi hija? ¡Es usted demasiado tímido!

— Ya no bailo desde que perdí a mi mujer — respondió el labrador.

— Pues bien, ya que busca usted otra, el luto se ha acabado en el corazón lo mismo que en el traje.

— Eso no es razón, padre Léonard; además, me encuentro demasiado viejo, ya no me gusta el baile.

— Escuche — repuso Léonard llevándolo aparte —, se ha sentido usted despechado, al entrar en mi casa, al ver el puesto ya rodeado de pretendientes, y veo que es usted muy orgulloso; pero esto no es razonable, muchacho. Mi hija está acostumbrada a que la cortejen, sobre todo desde hace dos años que terminó su luto, y no es a ella a quien corresponde salir a su encuentro.

— ¿Ya hace dos años que su hija está para casar, y todavía no se ha decidido? — dijo Germain.

— No quiere apresurarse, y tiene razón. Aunque tenga aire despierto y quizá le parezca que no reflexiona mucho, es una mujer de gran juicio, que

sabe muy bien lo que hace.

— A mí no me lo parece — dijo Germain con ingenuidad —, pues lleva tres galanes detrás, y si supiera lo que quiere, habría al menos dos que le sobrarían y a quienes rogaría quedarse en su casa.

— ¿Y eso por qué? No entiende usted nada de esto, Germain. No quiere ni al viejo, ni al tuerto, ni al joven, de eso estoy casi seguro; pero si los despidiera, se pensaría que quiere quedarse viuda, y no vendría ningún otro.

— ¡Ah, sí! ¡Esos sirven de reclamo!

— Como usted dice. ¿Dónde está el mal, si a ellos les conviene?

— ¡Cada uno con su gusto! — dijo Germain.

— Veo que no sería el suyo. Pero veamos, podríamos entendernos, suponiendo que fuera usted el preferido: se le podría dejar el puesto a usted.

— ¡Sí, suponiendo! Y mientras tanto, ¿cuánto tiempo habría que quedarse con la nariz al viento?

— Eso depende de usted, creo, de si sabe hablar y persuadir. Hasta ahora mi hija ha comprendido muy bien que el mejor tiempo de su vida sería el que pasara dejándose cortejar, y no tiene prisa por convertirse en la sirvienta de un hombre, cuando puede mandar sobre varios. Así, mientras el juego le agrada, puede divertirse; pero si usted le agrada más que el juego, el juego podrá acabarse. No tiene más que no desanimarse. Vuelva todos los domingos, hágala bailar, dé a entender que se pone usted en la lista, y si le encuentran más amable y de mejores modales que los otros, un buen día se lo dirán, sin duda.

— Perdone, padre Léonard, su hija tiene derecho a obrar como le parezca, y yo no tengo derecho a censurarla. En su lugar, yo obraría de otro modo; pondría en ello más franqueza y no haría perder el tiempo a hombres que sin duda tienen algo mejor que hacer que rondar a una mujer que se burla de ellos. Pero, en fin, si ella halla en eso su diversión y su dicha, a mí no me concierne. Solo tengo que decirle una cosa que me da un poco de apuro confesarle desde esta mañana, visto que usted empezó equivocándose sobre mis intenciones, y no me dio tiempo de responderle; de modo que cree usted lo que no es. Sepa, pues, que no he venido aquí con la intención de pedir la mano de su hija, sino con la de comprarle una pareja de bueyes que quie-

re usted llevar a la feria la semana que viene, y que mi suegro supone que le conviene.

—Comprendo, Germain —respondió Léonard muy tranquilo—; ha cambiado usted de idea al ver a mi hija con sus enamorados. Sea como usted guste. Parece que lo que a unos atrae, a otros repele, y tiene usted derecho a retirarse, puesto que, además, no ha hablado usted todavía. Si de veras quiere comprar mis bueyes, venga a verlos al pastizal; hablaremos de ello, y hagamos o no ese trato, vendrá usted a comer con nosotros antes de volverse.

—No quiero que se moleste usted —repuso Germain—, quizá tenga algo que hacer aquí; yo me aburro un poco de ver bailar y no hacer nada. Voy a ver sus bestias, y le encontraré luego en su casa.

Dicho esto, Germain se escabulló y se dirigió hacia los prados, donde Léonard le había, en efecto, mostrado de lejos parte de su ganado. Era cierto que el padre Maurice tenía que comprar bueyes, y Germain pensó que si le traía de vuelta una buena pareja a precio moderado, se haría perdonar mejor el haber fallado adrede el objeto de su viaje.

Caminó deprisa y pronto se encontró a poca distancia de los Ormeaux. Sintió entonces la necesidad de ir a abrazar a su hijo, y hasta de volver a ver a la pequeña Marie, aunque hubiera perdido la esperanza y desechado la idea de deberle a ella su felicidad. Todo lo que acababa de ver y oír, aquella mujer coqueta y vana, aquel padre a la vez astuto y limitado, que alentaba a su hija en hábitos de orgullo y deslealtad, aquel lujo de ciudad, que le parecía una infracción a la dignidad de las costumbres del campo, aquel tiempo perdido en palabras ociosas y necias, aquel interior tan distinto del suyo, y sobre todo aquel malestar profundo que el hombre del campo siente cuando sale de sus costumbres laboriosas, todo el fastidio y la confusión que había sufrido desde hacía unas horas le daban a Germain ganas de volver a encontrarse con su hijo y su vecinita. Aunque no hubiera estado enamorado de esta última, la habría buscado igualmente para distraerse y devolver su ánimo a su sosiego acostumbrado.

Pero miró en vano en los prados vecinos, no encontró ni a la pequeña Marie ni a Petit-Pierre: era, sin embargo, la hora en que los pastores están en el campo. Había un gran rebaño en un *barbecho*; preguntó a un muchacho que lo guardaba si eran las ovejas de la granja de los Ormeaux.

—Sí —dijo el niño.

—¿Es usted el pastor? ¿Es que en su tierra los mozos guardan el ganado lanar de las granjas?

—No. Las guardo hoy porque la pastora se ha ido: estaba enferma.

—Pero ¿no tienen ustedes una nueva pastora, llegada esta mañana?

—¡Oh, ya lo creo! Ella también se ha ido ya.

—¿Cómo que se ha ido? ¿No llevaba un niño con ella?

—Sí, un niño que lloraba. Se fueron los dos al cabo de dos horas.

—¿Se fueron adónde?

—A donde vinieran, al parecer. No se lo pregunté.

—¿Pero por qué se iban? —dijo Germain, cada vez más inquieto.

—¡Yo qué sé!

—¿No se pusieron de acuerdo en el precio? Sin embargo, eso debía de estar ya convenido de antemano.

—No puedo decirle nada de eso. Los vi entrar y salir, eso es todo.

Germain se dirigió hacia la granja e interrogó a los granjeros. Nadie pudo explicarle el hecho; pero era seguro que, tras hablar con el granjero, la muchacha se había marchado sin decir nada, llevándose al niño que lloraba.

—¿Han maltratado a mi hijo? —exclamó Germain, con los ojos encendidos.

—¿Era su hijo, entonces? ¿Cómo es que estaba con esa muchacha? ¿De dónde es usted, pues, y cómo se llama?

Germain, viendo que, según la costumbre del lugar, iban a responder a sus preguntas con otras preguntas, dio una patada en el suelo con impaciencia y pidió hablar con el amo.

El amo no estaba: no tenía costumbre de quedarse el día entero cuando venía a la granja. Había montado a caballo y se había marchado, no se sabía a cuál de sus otras granjas.

—Pero, en fin —dijo Germain, presa de una viva ansiedad—, ¿no pueden ustedes saber la razón de la marcha de esa muchacha?

El granjero cruzó una extraña sonrisa con su mujer, y luego respondió que no sabía nada de eso, que a él no le concernía. Todo lo que Germain pudo averiguar fue que la muchacha y el niño se habían ido hacia Fourche. Corrió a Fourche: la viuda y sus enamorados no habían vuelto, ni tampoco el padre Léonard. La criada le dijo que una muchacha y un niño habían venido a preguntar por él, pero que, no conociéndolos, no había querido recibirlos, y les había aconsejado ir a Mers.

—¿Y por qué se negó usted a recibirlos? —dijo Germain con enojo—. ¿Tan desconfiados son en esta tierra, que no se abre la puerta al prójimo?

—¡Ay, señor! —respondió la criada—, en una casa rica como esta, con razón se guarda bien. Yo respondo de todo cuando los amos están ausentes, y no puedo abrir a los primeros que llegan.

—Es una fea costumbre —dijo Germain—, y preferiría ser pobre a vivir así, con miedo. ¡Adiós, muchacha! ¡Adiós a su feo país!

Preguntó en las casas de alrededor. Habían visto a la pastora y al niño. Como el pequeño había salido de Belair de improviso, sin arreglar, con su blusa algo rota y su pellico de cordero sobre el cuerpo; y como la pequeña Marie iba también, por su parte, vestida siempre muy pobremente, los habían tomado por mendigos. Les habían ofrecido pan; la muchacha había aceptado un trozo para el niño, que tenía hambre, y luego se había marchado muy deprisa con él, ganando el bosque.

Germain reflexionó un instante, y luego preguntó si el granjero de los Ormeaux no había venido a Fourche.

—Sí —le respondieron—; pasó a caballo poco después que esa muchacha.

—¿Corrió tras ella?

—¡Ah! ¿Así que lo conoce usted? —dijo riendo el tabernero del lugar, a quien se dirigía—. Sí, por cierto; es un mozo endiablado para correr tras las muchachas. Pero no creo que haya alcanzado a esa; aunque, después de todo, si la hubiera visto...

—Basta, gracias.

Y más voló que corrió hacia la cuadra de Léonard. Echó la albarda sobre la Grise, saltó encima, y partió a galope tendido en dirección al bosque de Chanteloube.

El corazón le palpitaba de inquietud y de cólera, el sudor le corría por la frente. Ensangrentaba los ijares de la Grise, que, al verse en el camino de su cuadra, no se hacía tampoco de rogar para correr.

CAPÍTULO XIV. LA VIEJA

Germain se encontró pronto en el lugar donde había pasado la noche a la orilla de la charca. El fuego humeaba todavía; una vieja recogía el resto de la provisión de leña seca que la pequeña Marie había amontonado allí. Germain se detuvo para preguntarle. Era sorda, y, confundiendo el sentido de sus preguntas:

—Sí, muchacho —dijo ella—, esta es la Charca del Diablo. Es un mal sitio, y no hay que acercarse a él sin echar tres piedras dentro con la mano izquierda, haciendo la señal de la cruz con la derecha: eso aleja a los espíritus. De otro modo les suceden desgracias a los que le dan la vuelta.

—No le hablo de eso —dijo Germain, acercándose a ella y gritando a voz en cuello—: ¿No ha visto usted pasar por el bosque a una muchacha y un niño?

—Sí —dijo la vieja—, ¡se ahogó un niño pequeño!

Germain se estremeció de la cabeza a los pies; pero, por fortuna, la vieja añadió:

—De eso hace ya mucho tiempo; en memoria del accidente se plantó allí una hermosa cruz; pero, en una noche de gran tormenta, los malos espíritus la echaron al agua. Todavía se puede ver un pedazo. Si alguien tuviera la desgracia de detenerse aquí de noche, estaría bien seguro de no poder salir jamás antes de que amaneciera. Por mucho que anduviera, que anduviera, podría hacer doscientas leguas por el bosque y encontrarse siempre en el mismo sitio.

La imaginación del labrador se impresionó, a su pesar, con lo que oía, y la idea de la desgracia que debía suceder para acabar de justificar las afirma-

ciones de la vieja se apoderó tan bien de su cabeza, que sintió frío por todo el cuerpo. Desesperando de obtener otras noticias, volvió a montar a caballo y recommenzó a recorrer el bosque llamando a Pierre con todas sus fuerzas, silbando, haciendo restallar su látigo, rompiendo ramas para llenar la selva con el ruido de su paso, escuchando luego si alguna voz le respondía; pero no oía sino el cencerro de las vacas dispersas por los matorrales, y el grito salvaje de los cerdos que se disputaban la bellota.

Por fin Germain oyó detrás de él el ruido de un caballo que corría siguiendo sus huellas, y un hombre de edad madura, moreno, robusto, vestido como un medio burgués, le gritó que se detuviera. Germain nunca había visto al granjero de los Ormeaux; pero un instinto de rabia le hizo juzgar al instante que era él. Se volvió, y, mirándolo de arriba abajo, esperó lo que tuviera que decirle.

—¿No ha visto usted pasar por aquí a una muchacha de quince o dieciséis años, con un niño pequeño? —dijo el granjero, afectando un aire de indiferencia, aunque visiblemente conmovido.

—¿Y qué quiere usted de ella? —respondió Germain, sin tratar de disimular su cólera.

—Podría decirle que eso no es asunto suyo, compañero; pero como no tengo razones para ocultarlo, le diré que es una pastora que había contratado para el año sin conocerla... Cuando la vi llegar, me pareció demasiado joven y demasiado débil para el trabajo de la granja. La despedí, pero quería pagarle los gastos de su pequeño viaje, y se marchó enfadada mientras yo tenía la espalda vuelta... Se dio tanta prisa, que hasta olvidó parte de sus cosas y su bolsa, que a buen seguro no contiene gran cosa; ¡algunos cuartos probablemente!... pero, en fin, como tenía que pasar por aquí, pensaba encontrarla y devolverle lo que ha olvidado y lo que le debo.

Germain tenía el alma demasiado honesta para no vacilar al oír esta historia, si no muy verosímil, al menos posible. Clavaba una mirada penetrante en el granjero, que sostenía su escrutinio con mucho descaro o mucha candidez.

«Quiero salir de dudas», se dijo Germain, y, conteniendo su indignación:

—Es una muchacha de nuestro pueblo —dijo—; la conozco: debe de estar por aquí... Avancemos juntos... sin duda la encontraremos.

— Tiene usted razón — dijo el granjero — . Avancemos... y sin embargo, si no la encontramos al final de la avenida, renuncio... pues tengo que tomar el camino de Ardentés.

«¡Oh! — pensó el labrador — , no te dejo. ¡Aunque tuviera que dar vueltas veinticuatro horas contigo alrededor de la Charca del Diablo!»

— ¡Espere! — dijo de pronto Germain, fijando los ojos en una mata de retama que se agitaba de forma singular — . ¡Eh, eh! Petit-Pierre, ¿eres tú, hijo mío?

El niño, reconociendo la voz de su padre, salió de la retama saltando como un cervatillo, pero cuando lo vio en compañía del granjero, se detuvo como asustado y quedó indeciso.

— ¡Ven, Pierre mío! ¡Ven, soy yo! — exclamó el labrador, corriendo hacia él y saltando de su caballo para tomarlo en brazos — . ¿Y dónde está la pequeña Marie?

— Está ahí, escondida, porque tiene miedo de ese hombre negro y feo, y yo también.

— ¡Eh! Estate tranquilo; yo estoy aquí... ¡Marie! ¡Marie! ¡Soy yo!

Marie se acercó arrastrándose, y en cuanto vio a Germain, seguido de cerca por el granjero, corrió a echarse en sus brazos; y, aferrándose a él como una hija a su padre:

— ¡Ah, mi buen Germain! — le dijo — , usted me defenderá; con usted no tengo miedo.

Germain sintió un escalofrío. Miró a Marie: estaba pálida, sus vestidos estaban desgarrados por las espinas entre las que había corrido, buscando el matorral, como una cierva acosada por los cazadores. Pero no había ni vergüenza ni desesperación en su rostro.

— Tu amo quiere hablarte — le dijo, observando siempre su semblante.

— ¿Mi amo? — dijo ella con altivez — ; ese hombre no es mi amo y no lo será jamás... Es usted, Germain, quien es mi amo. Quiero que me lleve usted de vuelta con usted... ¡Le serviré por nada!

El granjero se había adelantado, fingiendo un poco de impaciencia.

— ¡Eh, muchacha! —dijo—, ha olvidado usted en nuestra casa algo que le traigo.

— No, señor —respondió la pequeña Marie—, no he olvidado nada, y no tengo nada que pedirle...

— Escuche un poco —repuso el granjero—, ¡yo tengo algo que decirle!... Vamos... no tenga miedo... solo dos palabras...

— Puede usted decirlas en voz alta... no tengo secretos con usted.

— Venga al menos a coger su dinero.

— ¿Mi dinero? ¡Usted no me debe nada, gracias a Dios!

— Ya me lo figuraba —dijo Germain a media voz—; pero da igual, Marie... escucha lo que tiene que decirte, porque yo tengo curiosidad por saberlo. Me lo dirás después: tengo mis razones para ello. Ve junto a su caballo... no te pierdo de vista.

Marie dio tres pasos hacia el granjero, que le dijo, inclinándose sobre el borén de su silla y bajando la voz:

— Muchacha, aquí tienes un buen luis de oro para ti. No dirás nada, ¿entiendes? Diré que te encontré demasiado débil para el trabajo de mi granja... Y que no se hable más de ello... Volveré a pasar por vuestra casa uno de estos días; y si no has dicho nada, te daré todavía algo más... Y además, si eres más razonable, no tienes más que hablar: te llevaré de vuelta a mi casa, o bien iré a charlar contigo al anochecer en los prados. ¿Qué regalo quieres que te traiga?

— ¡Este es, señor, el regalo que le hago yo! —respondió en voz alta la pequeña Marie, arrojándole su luis de oro a la cara, y con bastante rudeza además—. Se lo agradezco mucho, y le ruego que, cuando vuelva usted a pasar por nuestra tierra, me avise: todos los mozos de mi pueblo irán a recibirlo, porque en nuestra tierra se aprecia mucho a los señoritos que quieren enredar a las pobres muchachas. Ya lo verá usted, lo esperarán.

— ¡Es usted una embustera y una deslenguada! —dijo el granjero, encolerizado, levantando su bastón con aire amenazador—. Querría hacer creer lo que no es, pero no me sacará dinero: ¡se conoce a las de su calaña!

Marie se había echado atrás, asustada; pero Germain se había lanzado hacia la brida del caballo del granjero, y sacudiéndola con fuerza:

— ¡Ya está claro! —dijo—, ya vemos bastante de qué se trata... ¡A tierra, hombre! ¡A tierra, y hablemos los dos!

El granjero no tenía ganas de entrar en la partida: espoleó su caballo para zafarse, y quiso golpear con su bastón las manos del labrador para hacerle soltar la brida; pero Germain esquivó el golpe, y, agarrándole la pierna, lo desarzonó y lo hizo caer sobre los helechos, donde lo derribó, aunque el granjero se había puesto de nuevo en pie y se defendía con vigor. Cuando lo tuvo debajo de sí:

— ¡Hombre de poco corazón! —le dijo Germain—, ¡podría molerte a palos si quisiera! Pero no me gusta hacer daño, y además ningún castigo enmendaría tu conciencia... Sin embargo, no te moverás de aquí hasta que hayas pedido perdón, de rodillas, a esta muchacha.

El granjero, que conocía esta clase de asuntos, quiso tomarlo a broma. Alegó que su pecado no era tan grave, puesto que no consistía más que en palabras, y que estaba dispuesto a pedir perdón, a condición de besar a la muchacha, de que fueran a beber una pinta de vino en la próxima taberna, y de que se separaran buenos amigos.

— ¡Me das lástima! —respondió Germain, empujándole la cara contra el suelo—, y tengo prisa por no ver más tu mala cara. Toma, avergüénzate si puedes, y procura tomar el camino de los *afrentosos*¹ [1. Es el camino que se desvía de la calle principal a la entrada de los pueblos y los bordea por fuera. Se supone que las gentes que temen recibir alguna afrenta merecida lo toman para evitar ser vistas.] cuando pases por nuestro pueblo.

Recogió el bastón de acebo del granjero, lo partió sobre la rodilla para mostrarle la fuerza de sus muñecas, y arrojó lejos los pedazos con desprecio.

Luego, tomando con una mano a su hijo, y con la otra a la pequeña Marie, se alejó, temblando todo de indignación.

CAPÍTULO XV. EL REGRESO A LA GRANJA

Al cabo de un cuarto de hora habían atravesado los brezales. Trotaban por el camino real, y la Grise relinchaba ante cada objeto conocido. Petit-Pierre le contaba a su padre lo que había podido entender de lo sucedido.

—Cuando llegamos —dijo—, ese *hombre* vino a hablar con mi Marie en el aprisco, adonde fuimos enseguida para ver las hermosas ovejas. Yo me había subido al pesebre para jugar, y ese *hombre* no me veía. Entonces le dio los buenos días a mi Marie, y la besó.

—¿Te dejaste besar, Marie? —dijo Germain, temblando de cólera.

—Creí que era una cortesía, una costumbre del lugar cuando se llega, como, en su casa, la abuela besa a las muchachas que entran a su servicio, para hacerles ver que las adopta y que será para ellas como una madre.

—Y entonces —prosiguió Petit-Pierre, orgulloso de tener una aventura que contar—, ese *hombre* te dijo algo feo, algo que me dijiste que no repitiera nunca y que no recordara: así que lo he olvidado enseguida. Sin embargo, si mi padre quiere que le diga lo que era...

—No, Pierre mío, no quiero oírlo, y quiero que no lo recuerdes jamás.

—En ese caso, voy a volver a olvidarlo —prosiguió el niño—. Y entonces, ese *hombre* pareció enfadarse porque Marie le decía que se marcharía. Le dijo que le daría todo lo que quisiera, ¡cien francos! Y mi Marie se enfadó también. Entonces se acercó contra ella, como si quisiera hacerle daño. Yo tuve miedo, y me arrojé contra Marie gritando. Entonces ese *hombre* dijo así: «¿Qué es esto? ¿De dónde sale este niño? Echadme eso fuera». Y levantó su bastón para pegarme. Pero mi Marie lo impidió, y le dijo así: «Hablaremos más tarde, señor; ahora tengo que llevar a este niño a Four-

che, y luego volveré». Y en cuanto él salió del aprisco, mi Marie me dijo así: «Huyamos, Pierre mío, vámonos de aquí muy deprisa, porque ese hombre es malo, y solo nos haría daño». Entonces pasamos por detrás de los graneros, cruzamos un pequeño prado, y fuimos a Fourche a buscarte. Pero tú no estabas allí y no nos dejaron esperarte. Y entonces ese *hombre*, que iba montado en su caballo negro, vino detrás de nosotros, y huimos más lejos, y luego nos fuimos a escondernos en el bosque. Y luego él vino también allí, y cuando lo oíamos venir, nos escondíamos. Y luego, cuando había pasado, volvíamos a correr para irnos a casa; y luego por fin viniste tú, y nos encontraste; y así es como pasó todo. ¿Verdad, Marie mía, que no he olvidado nada?

—No, Pierre mío, y eso es la verdad. Ahora, Germain, usted dará testimonio por mí, y dirá a todos los de nuestro pueblo que si no he podido quedarme allá, no ha sido por falta de valor ni de ganas de trabajar.

—Y tú, Marie —dijo Germain—, te pediré que te preguntes a ti misma si, cuando se trata de defender a una mujer y de castigar a un insolente, un hombre de veintiocho años no es demasiado viejo. Quisiera saber si Bastien, o cualquier otro mozo apuesto, diez años más joven que yo, no habría sido aplastado por ese *hombre*, como dice Petit-Pierre: ¿qué piensas tú de eso?

—Pienso, Germain, que me ha hecho usted un gran servicio, y que se lo agradeceré toda mi vida.

—¿Eso es todo?

—Padre mío —dijo el niño—, no he pensado en decirle a la pequeña Marie lo que te había prometido. No he tenido tiempo, pero se lo diré en casa, y se lo diré también a mi abuela.

Esta promesa de su hijo dio por fin a Germain motivo de reflexión. Se trataba ahora de explicarse con sus padres, y, al contarles sus quejas contra la viuda Guérin, de no decirles qué otras ideas lo habían dispuesto a tanta clarividencia y severidad. Cuando se es feliz y orgulloso, el valor para hacer aceptar a los demás la propia dicha parece fácil; pero verse rechazado por un lado y censurado por otro no compone una situación muy agradable.

Por suerte, el pequeño Pierre dormía cuando llegaron a la granja, y Germain lo depositó, sin despertarlo, en su cama. Luego se puso a dar todas las

explicaciones que pudo. El padre Maurice, sentado en su taburete de tres pies, a la entrada de la casa, lo escuchó con gravedad, y, aunque estuviera descontento del resultado de aquel viaje, cuando Germain, al relatar el sistema de coquetería de la viuda, preguntó a su suegro si tenía tiempo de ir los cincuenta y dos domingos del año a hacerle la corte, para arriesgarse a ser despedido al cabo del año, el suegro respondió, inclinando la cabeza en señal de asentimiento: «No te falta razón, Germain; eso no podía ser». Y luego, cuando Germain contó cómo se había visto obligado a traer de vuelta a la pequeña Marie cuanto antes para sustraerla a los insultos, quizá a las violencias de un indigno amo, el padre Maurice aprobó de nuevo con la cabeza, diciendo: «No has hecho mal, Germain; así debía ser».

Cuando Germain hubo terminado su relato y dado todas sus razones, el suegro y la suegra lanzaron a la vez un gran suspiro de resignación, mirándose el uno al otro.

Luego, el cabeza de familia se levantó diciendo: «¡Vamos! ¡Que se haga la voluntad de Dios! ¡El cariño no se manda!»

— Venga a cenar, Germain — dijo la suegra —. Es una lástima que no se haya arreglado mejor; pero, en fin, Dios no lo quería, según parece. Habrá que buscar en otra parte.

— Sí — añadió el anciano —, como dice mi mujer, se verá en otra parte.

No hubo más ruido en la casa, y cuando, al día siguiente, el pequeño Pierre se levantó con las alondras, al despuntar el día, ya no excitado por los sucesos extraordinarios de los días anteriores, volvió a caer en la apatía de los pequeños campesinos de su edad, olvidó todo lo que le había estado rondando por la cabeza, y ya no pensó más que en jugar con sus hermanos y en hacerse el hombre con los bueyes y los caballos.

Germain intentó olvidar también, sumergiéndose de nuevo en el trabajo; pero se volvió tan triste y tan distraído, que todo el mundo lo notó. No hablaba con la pequeña Marie, ni siquiera la miraba; y sin embargo, si se le hubiera preguntado en qué prado estaba ella y por qué camino había pasado, no había hora del día que no hubiera podido decir, de haber querido responder. No se había atrevido a pedir a sus padres que la acogieran en la granja durante el invierno, y sin embargo sabía bien que ella debía de padecer necesidad. Pero ella no padeció ninguna, y la madre Guillette nunca pudo

comprender cómo su pequeña provisión de leña no menguaba, y cómo su cobertizo se encontraba lleno por la mañana cuando lo había dejado casi vacío por la tarde. Lo mismo ocurría con el trigo y las patatas. Alguien pasaba por el tragaluz del granero y vaciaba un saco sobre el suelo sin despertar a nadie y sin dejar huellas. La vieja se sintió a la vez inquieta y contenta; instó a su hija a no hablar de ello, diciendo que si llegaba a saberse el milagro que se obraba en su casa, la tendrían por bruja. Bien pensaba que el diablo andaba metido en el asunto, pero no tenía prisa por enemistarse con él llamando los exorcismos del cura sobre su casa; se decía que ya sería hora, cuando Satán viniera a pedirle su alma a cambio de sus favores.

La pequeña Marie entendía mejor la verdad, pero no se atrevía a hablarle de ello a Germain, por miedo de verlo volver a su idea de matrimonio, y fingía con él no darse cuenta de nada.

CAPÍTULO XVI. LA TÍA MAURICE

Un día en que la tía Maurice se encontraba a solas con Germain en el huerto, le dijo con aire afectuoso:

—Mi pobre yerno, me parece que no está usted bien. No come con el apetito de antes, ya no ríe, cada vez habla menos. ¿Acaso alguien de la casa, o nosotros mismos, sin saberlo y sin quererlo, le hemos causado algún pesar?

—No, madre —respondió Germain—; siempre ha sido usted tan buena conmigo como la madre que me trajo al mundo, y sería un ingrato si me quejara de usted, o de su marido, o de cualquiera de la casa.

—En ese caso, hijo mío, es la pena por la muerte de su mujer la que le vuelve. En lugar de irse con el tiempo, su pesar empeora, y hay que hacer sin falta lo que su suegro le dijo con mucho tino: debe usted volver a casarse.

—Sí, madre, esa sería también mi idea; pero las mujeres que me ha aconsejado usted pretender no me convienen. Cuando las veo, en lugar de olvidar a mi Catherine, pienso más en ella.

—Será, según parece, Germain, que no hemos sabido adivinar su gusto. Hace falta, pues, que nos ayude usted diciéndonos la verdad. Sin duda hay en alguna parte una mujer que está hecha para usted, porque el buen Dios no hace a nadie sin reservarle su dicha en otra persona. Así que, si sabe usted dónde encontrarla, esa mujer que le conviene, tómela; y sea bella o fea, joven o vieja, rica o pobre, mi viejo y yo estamos decididos a darle nuestro consentimiento, porque estamos cansados de verlo triste, y no podemos vivir tranquilos si usted no lo está.

—Madre, es usted tan buena como el buen Dios, y mi padre igualmente —respondió Germain—; pero su compasión no puede poner remedio a mis pesares: la muchacha que yo querría no me quiere.

—¿Será entonces que es demasiado joven? Encariñarse de una jovencita es una insensatez para usted.

—¡Pues sí, buena madre, tengo esa locura de haberme encariñado de una jovencita, y me lo reprocho! Hago cuanto puedo por no pensar más en ello; pero, ya trabaje, ya descanse, ya esté en misa o en mi cama, con mis hijos o con usted, siempre pienso en ella, no puedo pensar en otra cosa.

—Entonces es como un hechizo que le han echado, Germain. No hay para eso más que un remedio, y es que esa muchacha cambie de idea y lo escuche a usted. Habrá, pues, que meter yo baza, y ver si es posible. Va usted a decirme dónde está y cómo se llama.

—¡Ay, madre querida, no me atrevo —dijo Germain—, porque se va usted a burlar de mí!

—No me burlaré de usted, Germain, porque está apenado y no quiero apenarlo aún más. ¿No será la Fanchette?

—No, madre, no es ella.

—¿O la Rosette?

—No.

—Dígalo ya, porque no acabaré nunca si tengo que ir nombrando a todas las muchachas del país.

Germain bajó la cabeza y no acertó a decidirse a responder.

—¡Vamos! —dijo la tía Maurice—. Lo dejo tranquilo por hoy, Germain; quizá mañana se muestre usted más confiado conmigo, o quizá su cuñada sea más hábil para interrogarlo.

Y recogió su cesto para ir a tender la ropa sobre los matorrales.

Germain hizo como los niños, que se deciden cuando ven que ya nadie va a ocuparse de ellos. Siguió a su suegra, y por fin, temblando, le nombró a *la pequeña Marie de la Guillette*.

Grande fue la sorpresa de la tía Maurice: era la última en la que hubiera pensado. Pero tuvo la delicadeza de no exclamar nada y de hacer sus comentarios para sus adentros. Luego, viendo que su silencio abrumaba a Germain, le tendió el cesto diciéndole:

—¿Y eso es razón para no ayudarme en mi labor? Cargue con este peso y venga a hablar conmigo. ¿Lo ha pensado bien, Germain? ¿Está bien decidido?

—¡Ay, madre querida, no es así como hay que hablar! Estaría decidido si pudiera salirme con la mía; pero como no habrían de escucharme, no estoy decidido más que a curarme de ello, si puedo.

—¿Y si no puede usted?

—Todo tiene su término, tía Maurice: cuando el caballo va demasiado cargado, cae; y cuando el buey no tiene nada que comer, muere.

—¿Quiere usted decir con eso que morirá, si no se sale con la suya? ¡No lo quiera Dios, Germain! No me gusta que un hombre como usted diga esas cosas, porque cuando las dice las piensa. Es usted de gran ánimo, y la flaqueza es peligrosa en la gente fuerte. Vamos, tenga esperanza. No concibo que una muchacha en la miseria, y a la que hace usted mucho honor pretendiéndola, pueda rechazarlo.

—Y sin embargo es la verdad, me rechaza.

—¿Y qué razones le da?

—Que ustedes siempre le han hecho bien, que su familia debe mucho a la de ustedes, y que no quiere disgustarlos apartándome de un matrimonio rico.

—Si dice eso, prueba tener buenos sentimientos, y es honrado de su parte. Pero al decirle eso, Germain, no lo cura, porque sin duda le dice que lo quiere, y que se casaría con usted si nosotros lo quisiéramos.

—¡Ahí está lo peor! Dice que su corazón no se inclina hacia mí.

—Si dice lo que no piensa, para apartarlo mejor de ella, es una criatura que merece que la queramos y que pasemos por alto su juventud a cambio de su mucha cordura.

—Sí —dijo Germain, impresionado por una esperanza que aún no había concebido—: ¡eso sería muy juicioso y muy *como es debido* de su parte! Pero, si es tan sensata, mucho me temo que sea a causa de que le desagrado.

—Germain —dijo la tía Maurice—, va usted a prometerme que se mantendrá tranquilo durante toda la semana, que no se atormentará, que comerá, que dormirá y que estará alegre como antaño. Yo hablaré con mi viejo, y si consigo que consienta, sabrá usted entonces el verdadero sentir de la muchacha respecto de usted.

Germain lo prometió, y pasó la semana sin que el tío Maurice le dijera una sola palabra en privado ni pareciera sospechar nada. El labrador se esforzó por parecer tranquilo, pero estaba cada vez más pálido y más atormentado.

CAPÍTULO XVII. LA PEQUEÑA MARIE

Por fin, el domingo por la mañana, a la salida de misa, su suegra le preguntó qué había obtenido de su buena amiga desde la conversación en el huerto.

—Pues nada de nada —respondió—. No le he hablado.

—¿Y cómo pretende usted convencerla si no le habla?

—No le he hablado más que una vez —respondió Germain—. Fue cuando estuvimos juntos en Fourche; y, desde entonces, no le he dicho una sola palabra. Su negativa me causó tanta pena que prefiero no oírla empezar de nuevo a decirme que no me quiere.

—Pues bien, hijo mío, ahora tiene usted que hablarle; su suegro lo autoriza a hacerlo. ¡Vaya, decídase! Se lo digo yo, y, si hace falta, lo quiero; porque no puede usted seguir en esa duda.

Germain obedeció. Llegó a casa de la Guillette con la cabeza gacha y aire abatido. La pequeña Marie estaba sola al amor de la lumbre, tan pensativa que no oyó llegar a Germain. Cuando lo vio ante ella, dio un brinco de sorpresa en la silla y se puso toda colorada.

—Pequeña Marie —le dijo él sentándose a su lado—, vengo a causarte pena y a molestarte, bien lo sé; pero *el hombre y la mujer de nuestra casa* (designando así, según la costumbre, a los cabezas de familia) quieren que te hable y que te pida que te cases conmigo. Tú no lo quieres, ya me lo espero.

—Germain —respondió la pequeña Marie—, ¿así que es cosa hecha que me quiere usted?

—Eso te enfada, ya lo sé, pero no es culpa mía: si pudieras cambiar de parecer, sería demasiado feliz, y sin duda no merezco que así sea. Vamos, mírame, Marie, ¿tan espantoso soy?

—No, Germain —respondió ella sonriendo—, es usted más guapo que yo.

—No te burles; mírame con indulgencia; aún no me falta ni un cabello ni un diente. Mis ojos te dicen que te quiero. Mírame, pues, a los ojos, ahí está escrito, y toda muchacha sabe leer en esa escritura.

Marie miró a los ojos de Germain con su desenvoltura risueña; luego, de pronto, apartó la cabeza y se echó a temblar.

—¡Ay, Dios mío! Te doy miedo —dijo Germain—, me miras como si fuera el granjero de los Ormeaux. No me temas, te lo ruego, eso me hace demasiado daño. Yo no te diré malas palabras; no te besaré contra tu voluntad, y cuando quieras que me vaya, no tendrás más que señalarme la puerta. Vamos, ¿hace falta que salga para que dejes de temblar?

Marie tendió la mano al labrador, pero sin apartar la cabeza inclinada hacia el hogar, y sin decir palabra.

—Comprendo —dijo Germain—; me compadeces, porque eres buena; te apena hacerme desdichado; pero, con todo, no puedes quererme.

—¿Por qué me dice usted esas cosas, Germain? —respondió al fin la pequeña Marie—. ¿Es que quiere usted hacerme llorar?

—Pobre muchachita, tienes buen corazón, lo sé; pero no me quieres, y me escondes la cara porque temes dejarme ver tu disgusto y tu repugnancia. ¡Y yo ni siquiera me atrevo a apretarte la mano! En el bosque, cuando mi hijo dormía, y tú dormías también, estuve a punto de besarte muy despacito. Pero antes habría muerto de vergüenza que pedírtelo, y aquella noche sufrí tanto como un hombre que se abrasara a fuego lento. Desde entonces he soñado contigo todas las noches. ¡Ah, cómo te besaba, Marie! Pero tú, mientras tanto, dormías sin soñar. Y ahora, ¿sabes lo que pienso? Que si te volvieras para mirarme con los ojos con que yo te miro, y si acercaras tu rostro al mío, creo que caería muerto de alegría. ¡Y tú piensas que, si algo semejante te ocurriera, morirías de rabia y de vergüenza!

Germain hablaba como en un sueño, sin oír lo que decía. La pequeña Marie temblaba sin cesar; pero como él temblaba todavía más, ya no lo advertía. De pronto ella se volvió; estaba deshecha en lágrimas y lo miraba con aire de reproche. El pobre labrador creyó que aquel era el golpe final y, sin esperar su sentencia, se levantó para marcharse; pero la muchacha lo detuvo rodeándolo con sus dos brazos y, escondiendo la cabeza en su pecho:

— ¡Ay, Germain —le dijo entre sollozos—, así que no había usted adivinado que lo quiero!

Germain habría enloquecido si su hijo, que lo buscaba y que entró en la choza a galope tendido sobre un palo, con su hermanita a la grupa azotando con una rama de mimbre a aquel corcel imaginario, no lo hubiera devuelto a sí mismo. Lo levantó en sus brazos y, poniéndolo en los de su prometida:

— Toma —le dijo—, ¡has hecho más de un dichoso al quererme!

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB